



Isabel y Clara.

25 de Setiembre de 1850.

TOMO VIII. 25

ESCENAS DE FAMILIA.

LA LECCION DE UNA HERMANA.

Miss Isabel y miss Clara Jackson habian quedado huérfanas en los primeros años de su juventud. Educadas por un tío que no se habia impuesto otro deber que el de amarlas, cada una de ellas habia crecido entregada á sus propias inclinaciones, sin tener mas educacion que aquella que les proporcionaban las circunstancias; pero el mundo es un libro peligroso para quien lo estudia sin preceptor, con su inesperienza y sus pasiones; en lugar de leer lo que se encuentra en él, leemos á menudo lo que queremos encontrar, y faltos de un guia que nos reprenda, nuestras prevenciones llegan á ser preceptos y nuestros errores principios.

Esto precisamente habia sucedido á miss Clara. Dotada de una imaginacion viva, de una voluntad firme: pero de un carácter absoluto, se habia acostumbrado á no titubear jamás en sus resoluciones, y á mostrarse inflexible para con los demas como era para consigo misma. La intolerancia de la juventud, que no es otra cosa que la ignorancia de la vida, se habia trasformado en ella, en una especie de regla de conducta; sentia vivamente, juzgaba segun la sensacion, y obraba sin moderar sus malos y repentinos arranques. Resultaba de esto cierta cosa lógica y leal, pero al mismo tiempo un rigor y una prontitud cuyos resultados se convertian con frecuencia en pesares. La práctica de la vida no le habia enseñado aun, que las mismas virtudes, para ser humanas, tienen necesidad de atemperarse con la ternura y la paciencia.

Felizmente Dios habia puesto á su lado la mas dulce de las advertencias, esto es, el ejemplo de su hermana. Tan animosa como sincera, miss Isabel, era menos implacable. No era uno de aquellos corazones novelescos que no saben doblegarse ni esperar. Contando algunos años mas que Clara, habia aprendido á conocer que la existencia terrestre no es mas que un cambio de indulgencias, de beneficios, de perdon, y que el papel de Radamanto no pertenece á naturalezas mortales. Muchas veces habia detenido á Clara en sus resoluciones extremas; pero la jóven hermana se rebelaba contra las indulgentes amonestaciones de Isabel, y huia consultarla con el fin de evitar las objeciones.

Desde la muerte de su tío, sobre todo, miss Isabel habia llegado á ser el verdadero gefe de la familia, y ejercia este título con una autoridad que Clara no se atrevia á contrarrestar; pero á la cual, en ciertas circunstancias, se esforzaba á oponer obstáculos.

Una reciente y dolorosa ocasion se le presentó á propósito de su primo John Bwring.

Protegido por el tío, que habia educado á las dos hermanas, John iba con frecuencia á Lanark para visitarle y habia podido conocer intimamente lo mismo á Isabel que á Clara. El carácter de esta última le sorprendió primero, y despues le interesó. Dulce y tímido, halló en la firmeza un tanto absoluta de la jóven, lo que faltaba á su propio natural, y tanto mas atraído por una cualidad cuya ausencia en él lamentaba, se unió á su prima y terminó por pedirle la mano.

Las mismas razones de contraste que le habian hecho preferir á Clara atrajeron á esta hácia él, y su demanda fué favorablemente acogida. El casamiento debia verificarse muy pronto, y esperando el dia prefijado se habia establecido una correspondencia entre ambos prometidos. Las cartas de John eran afectuosas, pero generalmente bastante cortas, por lo cual miss Clara le dirigió muy ásperas reconvenciones. El jóven se disculpó con los infinitos negocios de la casa de Edimburgo, á la cual se acababa de asociar, y con su vista un poco fatigada. Esta última excusa inquietó tanto mas á la jóven, cuanto que John Bwring habia estado amenazado en otra ocasion de una oftalmia grave. Clara se informó con su acostumbrada vivacidad de la naturaleza y de la gravedad del mal; pero John respondió con lijereza y chanzeándose, á fin de tranquilizarla completamente.

No obstante, su correspondencia iba siendo mas breve cada dia y mas rara. La época señalada para el casamiento se acercaba, y John pretestó cierto negocio, que le obligaba á aplazarla para mas adelante.

Clara, al recibir esta carta, se ruborizó, luego se puso pálida, y por primera vez sintió en su pecho los efectos de la duda. Incapaz de disfrazarla escribió á John advirtiéndole que su empeño no debia encadenarle, y que si titubeaba en cumplirle, ella no le manifestaria ni despecho ni rencor; pero lo que únicamente reclamaba era la sinceridad.

Bwring solo respondió por medio de un billete que contenia algunas líneas, cuya confusa escritura probaba la precipitacion con que fueron trazadas. Anunciaba á su prima que pasaba á Lóndres para efectuar un negocio que no permitia retardar, y que contestaria á su pregunta cuando estuviera de vuelta. Además, suplicaba á Clara que le esperase y le conservase en su amistad.

Esta carta hirió á la jóven en lo mas vivo del corazón: la brevedad de la respuesta, el aplazamiento respecto á la esplicacion, la especie de contrariedad que espresaba en la carta, todo le persuadió que John se arrepentia de la palabra que habia dado. Isabel la suplicó en vano que no decidiese nada antes de recibir la carta prometida; pero Clara no sabia esperar, y herida en su dignidad, en sus esperanzas y en su inclinacion, previno el golpe con la inflexible resolucion que le era tan habitual.

Escribió á su primo devolviéndole su palabra, y declarándole que toda alianza entre los dos era desde aquel momento imposible. Daba los motivos de esta resolucion analizando el carácter de Bwring con una franqueza amarga, que no podia consentir un retroceso: la carta era larga, detallada; iba llena de aquella calma aparente que da una indignacion que se contiene. Despues de haberla leído John no podria menos de considerar el rompimiento como definitivo, y de aceptarle por orgullo, sino por inclinacion. Clara, que temia las objeciones de su hermana, y que no se sentia con fuerzas para sostener una nueva discusion sobre este asunto, no le habló nada respecto á la carta, y la entregó á uno de los criados disponiendo que la echase en el correo.

En tanto que escribió, la animacion del pensamiento y el

esfuerzo de la voluntad sostuvieron á la jóven; mas una vez el acto cumplido, cayó en un profundo abatimiento.

Hacia un año que la union con su primo estaba convenida; habia acostumbrado á ella su espiritu; sus proyectos de felicidad se juntaron á este pensamiento, habia cifrado en el porvenir todos sus deberes y todas sus alegrías, y ahora era preciso abandonarlo todo como un edificio destruido; buscar en otra parte una familia, y arrancar de su corazon la esperanza que habia depositado. Clara sintió cruelmente tan terrible prueba. Bajo su orgullosa firmeza ocultaba la jóven una sensibilidad sincera; prometida á John Bwring, se habia unido á él como al futuro compañero de sus felicidades, y esta afeccion, que habia sido mucho tiempo un deber, hirió su existencia mas de lo que ella sospechaba.

Por eso su tristeza pareció acrecentarse de día en día, despues de la partida de la carta del rompimiento; no sentia, sin embargo, lo que habia hecho, ni hubiera titubeado en hacerlo de nuevo, porque el dolor no podia desarmar aquel corazon de lo que ella juzgaba el deber; pero su cumplimiento habia abierto en su alma una herida, tanto mas dolorosa, cuanto que debia ocultarla.

Quince dias trascurrieron sin que hubiese recibido noticias respecto á Bwring. Una tarde se hallaba Clara sola en el salon, y mirando desde la ventana el sol poniente. Una lágrima silenciosa corria por su pálida mejilla sin que ella misma lo notara. El ruido que hizo la puerta al abrirse la sacó de su posicion cabilosa; enjugó prontamente sus ojos y se volvió; su hermana acababa de entrar.

Esta tenia un semblante alegre, y sin embargo, conmovido; llevaba en la mano una carta, y se aproximó á Clara, á la cual abrazó con ternura.

—Te buscaba, hermana mia, dijo; es preciso que yo te hable.

—¿Qué sucede? preguntó Clara, que temia ya las preguntas acerca de su tristeza, ó algun litigio en favor del primo.

—Tengo una larga confesion que hacerte, dijo miss Isabel, y te ruego que me escuches con paciencia.

—Ya te escuchó, hermana mia, replicó la jóven siempre desconfiada.

Isabel se sentó, y miss Clara permaneció de pie.

—La carta que John te ha escrito antes de partir para Lóndres te ha herido, añadió la primera, y no escuchando mas que á tu descontento, le has respondido.

Clara quiso interrumpir.

—Déjame acabar, continuó vivamente Isabel; tú le has contestado al momento, y una gran parte de la noche la has empleado en escribir esta respuesta, porque tu lámpara no se apagó hasta las dos de la madrugada. ¿Cuándo puedes escribir ignorándolo yo? ¿Presumes que puede sobrecogerte un pesar sin que yo lo conozca, y sin que yo procure prevenir las consecuencias?

—Comprendo tu ternura, hermana mia, respondió Clara violentándose; pero te pido por favor que no volvamos á tratar de este asunto.

—Es preciso, dijo Isabel con tono de dulce firmeza; esta carta que has escrito, Clara mia, era la expresion de un sentimiento amargo, y ella rompía enteramente la proyectada alianza.

—¿De dónde lo sabes?... exclamó la jóven.

—Antes que saliese de casa quise leerla, respondió Isabel.

Clara se incorporó con la mirada severa y frunciendo el entrecejo.

—¿Tú! dijo esta.... ¿Y quién te ha dado facultades?...

—Mi amistad, dijo dulcemente la hermana mayor; sé por experiencia lo inflexible que eres en tus resoluciones, Clara; he tenido miedo de lo que has decidido bajo la inspiracion de tu descontento. ¡Ay! mis temores no eran infundados. Mi primer movimiento fué venir al punto á combatir una resolucion fatal; temí no encontrarte con la suficiente calma para que me oyases. Luego vacilé, esperé....

—¿Qué quieres decirme entonces? preguntó Clara impetuosamente; ahora que todo está hecho, ¿de qué sirven las reconvenciones? Además te consta, hermana mia, que no me arrepiento de lo ejecutado. Sufrí no obstante con la ruina de mis esperanzas; y sufriré mucho tiempo tal vez; mas este dolor no es por arrepentimiento: tale mas romper una cadena funesta antes que nos haya ligado, aun cuando el esfuerzo despedace el alma, que condenarse á llevar eternamente el peso de ella. Con razon ó sin razon yo no quiero unirme mas que á un hombre para el cual sea yo el primer objeto y la mas dulce preocupacion. Decidida á consagrarle todas mis afecciones, deseo ser pagada con igual grado de correspondencia. Otras mugeres pueden consentir en ser solamente una parte aislada de la vida de su marido, un objeto secundario á sus distracciones ó sus negocios; no lo apruebo ni lo vitupero, pues cada cual arregla su destino segun su natural; pero yo no puedo, ni debo aceptar una condicion que labraria mi desgracia y la de los demas. Si hoy John Bwring no encuentra tiempo para escribirme, dentro de algunos meses no encontrará tiempo para hablarme; si el éxito de una especulacion en Lóndres le interesa mas que la opinion que se le pueda tener en Lanark, nosotros no hemos nacido para vivir el uno con otro, porque no podremos entendernos nunca.

—¿Y quién te ha dicho que no te engañas al juzgar la conducta de John Bwring? replicó miss Isabel que habia escuchado á su hermana con una grave tristeza. ¿Estás tan segura de tí misma para condenarle de ese modo á primera vista? Te quejas de los laconicos billetes de tu primo, de su aparente vacilacion, de su repentino viage... Escucha esta carta suya que acabo de recibir.

Isabel desplegó la misiva que tenia en la mano, y leyó lo que sigue:

«Querida prima: hago escribir á otro por no poderlo hacer yo mismo. Es preciso que sepas la verdad. Hace cerca de tres meses que la oftalmia de que me veia amenazado ha llegado á ser cada dia mas grave, y nada he querido permitir. Procuraba engañarme á mi mismo, y sin embargo mis inquietudes iban en aumento. Miss Clara acusaba mi laconismo, y no sabia que cada esquila me costaba un trabajo doloroso. Evitaba apesadumbrarla; pero sus amargas reconvenciones despedazan mi corazon. En fin, cuando ha podido sospechar mi falta de fé, y me ha dejado en la libertad de cumplir ó no nuestra promesa, he debido tomar una resolucion suprema. Un célebre oculista de Lóndres podia solo, me decian, curar mi mal. He querido dirigirme á él como al destino. Si él me condenaba, no queria asociar á tu hermana, á una existencia perdida; y estaba resuelto á quedar solo en mis tinieblas con la esperanza de no permanecer en ellas mucho tiempo. Escribí en consecuencia á Clara una carta, por la cual aplazaba la explicacion hasta mi regreso de Lóndres. En él me hallo todavía, querida prima; pero tranquilizado y casi dichoso! gracias á los

«socorros del arte, mi mal se disipa, y el sabio que me asiste «promete una próxima y completa cura. Cuando me dió esta «seguridad, hubiera querido prosternarme á sus pies, pues «no era solamente la luz lo que me prometia, sino la vida, «una vida de alegría y de ternura, que gozaré al lado de mi «amada Clara.

«Trasmítele con precaucion esta carta; he podido evitarle «la inquietud, evítale tú la menor emocion dolorosa; que no «sea yo nunca para ella la ocasion de una tristeza, puesto «que ella no ha sido nunca para mí mas que una causa de «reconocimiento y de felicidad.—JOHN BWRING.»

Desde las primeras palabras de esta carta, Clara no pudo detener una exclamacion; la verdad se habia presentado á sus ojos como una luz; pero á medida que la lectura avanzaba, su fisonomia espresaba todas las sensaciones de la sorpresa, del pesar, de la ternura, etc. Todo lo habia comprendido. El noble silencio de John, su generosa indecision, y la especie de aplazamiento, del cual estaba ella tan indignada. Todas sus acusaciones se convirtieron en alabanzas, y tanto como le habia condenado, le ensalzó despues.

Lágrimas de reconocimiento y de admiracion inundaron el rostro de la jóven. Inclínada sobre su hermana, la estrechaba entre sus brazos sin poderla hablar; pero de pronto se incorporó. El recuerdo de la carta de rompimiento escrita por ella acababa de preocupar su pensamiento. Dirigida en La-

nark, esta carta tenia indudablemente que experimentar algun retardo, y por lo tanto John no podia aun haberla recibido; pero por fuerza la recibiria: mandaria que se la leyeran, y en el momento en que Clara obtenia un testimonio de su desinterés y de su afeccion, sufria la espresion de la injusticia y de la frialdad de la jóven.

Esta idea traspasaba su corazon como un dardo. Se dejó caer sobre una silla, y cubriéndose el rostro con ambas manos:

—¿Qué tienes? preguntó vivamente Isabel.

—¡Ah! Yo misma he matado mi felicidad, exclamó.

—¿Qué quieres decir?

—¡Mi carta, mi carta! sollozó la jóven.

—¡Lléla aqui, dijo la hermana mayor presentándosela abierta.

Clara lanzó un grito de alegría, y se precipitó en sus brazos.

—¡Ah! ¡me has salvado! exclamó.

—Si, respondió Isabel con dulzura; pero advierte que no se salvan mas que aquellos que se esponen á su pérdida. No olvides jamás este aviso que acaba de darte la Providencia. La verdadera firmeza no consiste en romper, en no vacilar, ó en afrontar los peligros con arrojo. Cuando se trata de juzgar á los demas, se puede creer el bien fácilmente; pero para creer el mal es necesario esperar las pruebas.

(Traducido del inglés.)

GEOGRAFIA PINTORESCA UNIVERSAL.



ALEMANIA.—Vista de Wiesbaden.

GLORIAS DE ESPAÑA.

LA REBELION DE ARAUCO.

I.

Mientras que en todas las provincias del Nuevo Mundo en que los españoles habían logrado fijar su victorioso estandarte, reinaba la paz mas profunda, cuando ya habían cesado las funestas sediciones del Perú, y cuando los indios se iban acostumbrando á las prácticas del cristianismo y á las leyes de la metrópoli, una sola provincia, la de Arauco, se manifestaba en abierta rebelion, hacia alarde de su atrevimiento y ponía en el mayor cuidado á los gobernadores.

Los habitantes de Arauco ni estimaban mas, ni tenían mas bien que su independencia; viviendo en su valle en la costa occidental de América, del producto de la caza y de sus rebaños, se aventajaban á los demas indios de Chile en astucia y talento, y estaban dotados ademas de los mas belicosos instintos. La presencia de los españoles en su territorio siempre había sido considerada por ellos como un ultrage; mas cuando vieron que el capitán Valdivia fundaba colonias y trataba de permanecer largo tiempo, se prepararon á sacudir el yugo. La salida de Valdivia en busca de minas les proporcionó una ocasion favorable, y los habitantes de Tucapel fueron los primeros á dar el grito de guerra contra los españoles. Acudió prontamente Valdivia; pero ya todo el Arauco estaba levantado y los belicosos habitantes habían nombrado por su gefe á Caupolicán, el mas valiente, el mas sagaz, y aun el de mas robustas formas entre todos ellos. Este se manifestó bien digno de la eleccion: molestó á los españoles constantemente, y despues que tuvo reunidas sus numerosas huestes, marchó resueltamente contra ellos. Los españoles, segun su costumbre de no contar los enemigos, aceptaron denodadamente la batalla, pero todo su valor fué inútil ante la nueva táctica del general araucano. Había este calculado que el cansancio, al cabo de largas horas de combate, había de quebrantar las fuerzas de los españoles, y por eso no les acometió con todas sus tropas, sino que envió primero un escuadron que, si bien el menor de su ejército, era sin embargo muy superior en número al de los españoles; pero estos le vencieron prontamente. A este primer escuadron siguió otro, y luego otro, que Caupolicán, enviándolos á muerte segura, sacrificaba á un triunfo decisivo.

—No los dejéis reposar un momento, era la única instruccion que daba á los suyos al tiempo de acometer á los españoles, cuyo ánimo en aquellos momentos era igual al peligro en que se hallaban. Cuando Caupolicán los vió ya cansados de matar, acometió con la mayor furia con el resto de su numeroso ejército.

—Animo, amigos, gritaba Valdivia, mostraos valientes por la necesidad que tenemos de vencer.

Pero no había resistencia posible entre unos pocos y con

las fuerzas debilitadas por un largo y penoso combate, contra enemigos siempre de refuerzo y que atropellaban ciegamente por encima de los cadáveres de los suyos. Solo un jovencito de Chile pudo salvarse; todos los demas españoles perecieron, ya en medio de la accion, ya despues de ella, á manos de los indios furiosos. El mismo Valdivia, á quien Caupolicán, sea por compasion ó por sacar partido de semejante cautivo, quiso salvar, pereció á manos de los indios amotinados que le dieron una muerte tan cruel como horrorosa.

Villagran que mandaba en la colonia fortificada de la Concepcion, quiso volver por el honor español y vengar este desastre, atreviéndose á hacer frente á los vencedores; pero tambien fué derrotado, viéndose en el conflicto de abandonar la fortaleza, que así como las demas que los españoles tenían en Arauco, fué convertida bien pronto en deplorables ruinas.

Ya en todo el vasto territorio que poco antes dominaban sus armas, no les quedaban á los españoles mas que sus manos y sus espadas, y en todo caso la esperanza de vender bien caras sus vidas.

II.

Divulgóse bien pronto la derrota de los españoles, y como este suceso suponía en los indios una audacia y un valor desconocidos entre ellos, la alarma se difundió en todas las regiones en que había penetrado el nombre español. En el Perú fué mayor la consternacion, de modo que don Andrés de Mendoza, marqués de Cañete, que desde el año de 1536 gobernaba aquel reino, no sabía como acudir al remedio, temeroso de que se suscitasen las reyertas y disturbios pasados, si abandonaba un punto en que tan necesaria era su presencia. En tal conflicto, presentáronse al marqués sus dos hijos, don Garcia y don Felipe, solicitando el permiso de acudir á sofocar la rebelion de Arauco con las fuerzas que su padre tuviese á bien confiarles. Aquella era la época en que los nobles llevaban consigo á sus hijos para que hiciesen á su lado el aprendizaje de las armas, y el marqués había llevado con este objeto á don Garcia y á don Felipe, jóvenes ambos, y de recomendables prendas, pues aunque Felipe era habido fuera de matrimonio, no desdecía de la escelsa indole de su hermano. No podía menos de agradar al gobernador la propuesta de sus hijos, y deseoso de asegurarles el triunfo, dispuso una expedicion al mando de don Garcia, la que pertrechada de todo lo necesario, se embarcó en cuatro naves, escepto la caballería, que mandada por el capitán Luis de Toledo, fué por tierra siguiendo la costa entre los Andes y el mar.

Esperaban ya los araucanos á los españoles, y apenas les dieron tiempo para desembarcar y fortificarse en un campo elevado. Allí unos doscientos hombres, y sin el auxilio de la caballería que aun no había llegado, sostuvieron todo el ataque de los indios y se vieron en el mayor conflicto. No causaban ya las armas de fuego en los araucanos aquel espanto que daba la victoria á los españoles á pesar del excesivo nú-

mero de los enemigos. Estaban ya demasiado familiarizados con aquellos tiros para creer que fuesen rayos del cielo: llenaban con tanta prontitud como serenidad las brechas que en sus filas hacían los cañones, y hasta de algunos caballos habían sabido apoderarse, y los domaban y manejaban á su modo. Viendo que los españoles llevaban lo peor de la batalla, se apresuraron á saltar en tierra los marineros y cuanto gente útil había en los navios; pero este caso estaba previsto por los indios que tenían preparado un buen destacamento de su ejército para que saliese á impedir el socorro. Venía mandando á los araucanos Feniston, uno de sus mas intrépidos gefes, el que confiado en sus hercúleas fuerzas, se adelantó él solo á desafiar á los españoles. Aceptó el reto Valenzuela, capitán de una de las naves, y fué tan feliz, que á los primeros pases atravesó al indio la espada por la garganta. Esto cortó el ímpetu de los indios y permitió á los españoles llegar al socorro de los suyos; y ya era tiempo, pues había muchísimos heridos, el animoso don García había caído al suelo, aturrido con el golpe de una enorme piedra que le habían tirado á la cabeza, y que allí le dejara á no ser por el yelmo, y Felipe de Mendoza se veía en el mayor apuro luchando á brazo partido con Tucapel, araucano valeroso.

Ni el estrago que los españoles hicieron en los indios, ni la severidad con que trataban á los prisioneros, ni la llegada de la caballería, pudieron contener la obstinación y furor de los araucanos que en repetidos ataques, siempre prolongados y siempre sangrientos, manifestaban su deseo de vencer ó morir. Resueltos á probar todos los medios de asegurar su victoria, intentaron el de atacar por sorpresa á sus aborrecidos enemigos. Reposaban estos en una noche, fatigados de tantos combates, y toda la vasta campiña que rodeaba sus trincheras estaba desierta y bien iluminada por la luna que se ostentaba en un cielo azul y despejado. Próximo á uno de los costados del campamento, había una antiquísima selva, cuya extensión no era conocida, y en la que no se percibía mas rumor que el blando susurro del viento que agitaba las trémulas hojas de aquellos árboles seculares. Aquella selva empero estaba plagada de araucanos, que en largas hileras y por senderos solo de ellos conocidos, venían desfilando con esa sagacidad admirable de los salvajes americanos. Llevaban delante sus exploradores que hacían alto de vez en cuando, y adelantando la cabeza ó bajándola contra el suelo, parece que tomaban noticias del viento y de los mas lejanos y misteriosos rumores. Así, y sin ser sentidos, llegaron hasta el extremo de la selva que lindaba con el campamento español, cuando este empezaba á ser debilmente iluminado por la primera luz del crepúsculo. Organizábanse ya para empezar la batalla, gloriándose de antemano del buen éxito de su ataque, cuando el eco de un clarín, tres veces repetido, resuena en el campamento español. Era el acostumbrado toque de diana, pues los españoles nada habían sentido, ni sospechaban el ataque que les esperaba; pero los indios no lo creyeron así, y juzgando que habían sido descubiertos, que los españoles estaban de aviso, y que aquella era la señal de la pelea, contestan llenos de furor con todo el estrépito de sus tambores, caracoles y bocinas, de modo que la calma de la selva se convirtió en el mas pavoroso estruendo y atronadora vocería. Esta fué la verdadera señal de alarma para los españoles, que acudieron á la pelea con la serenidad de quien la tenía por principal ocupación. Frustrada la sorpresa, que

era el principal recurso con que los indios contaban, también esta vez fueron rechazados con estrago.

III.

Escarmentados, si no vencidos, los araucanos en una y otra batalla, y desalentados en extremo con la muerte de su gefe, de su héroe, el famoso Caupolicán, á quien hizo prisionero el capitán Pedro de Avendaño, mas afortunado que Villagran y Valdivia, que habían sido vencidos por el formidable indio; amedrentados, pues, los araucanos con tantas derrotas, ya no se atrevieron á hacer frente en campo raso á los españoles; mas no por eso desistieron de sus belicosos proyectos. Su resolución era al parecer la de morir hasta el último antes que consentir que los españoles permaneciesen en su valle, y levantasen en él edificios y castillos, y contando todavía con catorce mil hombres aguerridos, acostumbrados al fuego y á las armas de los extranjeros, se preparon de nuevo al combate, pero variaron de táctica. Primeramente, y con una sagacidad admirable, enviaron á un indio llamado Metical, para que al presentar un canastillo de fruta á don García, sacase un puñal que llevaría oculto y le clavase en el pecho de aquel aborrecido enemigo. La Providencia dispuso quedase desconcertada tan páfida trama, y don García correspondió á tan señalado favor, perdonando al indio y enviándole salvo entre los suyos para avergonzarlos con este rasgo de generosidad. Entonces los indios resolvieron probar de nuevo la suerte de las armas, y establecieron su campo en sitio el mas á propósito, fortificándole con fosos, empalizadas, apoyándole en los edificios circunvecinos, y observando, en fin, en su construcción y en su defensa, todas las reglas de la disciplina militar.

Ardua era la empresa de vencer á tanta multitud y desalojarla de sus fortificaciones; pero don García no titubeó un momento, conociendo había llegado el de hacer el último esfuerzo, y llevó á sus españoles al combate, haciéndoles notar que aquellos enemigos que entonces se guarecían detras de las paredes, ya no podían ser los mismos á quienes estaban acostumbrados á vencer en campo raso. Mas á pesar de este aparente indicio de cobardía, los araucanos resistieron con el mayor denuedo el ataque de los españoles, escarmentando á los que mas osaron acercarse.

Picó entonces el animoso don García espuelas á su caballo, y llamando junto á sí los demás ginetes y haciendo avanzar la bandera española, se precipitó sobre los rebeldes, entrando en sus atrincheramientos por el boquete que en la empalizada habían hecho los disparos de la artillería. Desde entonces empezaron á cejar los araucanos; pero no tanto que no vendiesen bien caras sus vidas, despues de cuatro horas seguidas de combate. Dispersáronse al fin, yendo á refugiarse á los lejanos montes y bosques, dejando hasta dos mil muertos, y pereciendo también algunos españoles á consecuencia de esta batalla, en que treinta fueron heridos de mucha gravedad. Dióse esta decisiva acción el día 6 del mes de julio, y en ella recobraron los españoles todo su prestigio sobre los indios, y además cinco cañones y otras armas que los enemigos tenían depositadas desde la derrota de Villagran.

Don García, según las instrucciones de su padre, se aprovechó de esta victoria, no para esterminar á los rebeldes y reducirlos á la desesperación, sino para ajustar una paz ventajosa y atajar de una vez tan deplorable rebelión. Desea-

ba el gefe español la paz para realizar las empresas que tenia premeditadas, tales como la reedificacion de las fortalezas y templos arruinados, y la fundacion de la colonia de los Infantes, de la ciudad de Mendoza, asi como otras obras que han perpetuado su nombre en aquella parte de América. Transigióse, pues, con los indios, y por medio de Colocolo, gefe de gran prestigio entre ellos, quedó ajustada la paz, bajo condicion de que se habia de edificar un castillo y habia de quedar en él un gobernador español.

A vista de ambos ejércitos, y en una vasta y fértil pradera, se presentó el *toqui* ó presidente de los araucanos, seguido de los *ulmenes* ó gefes de la nobleza, y de los principales de la nacion. El gefe español se adelantó tambien con su escolta, y enlazó el mástil de la bandera de Castilla con el ornado baston del araucano. Este, con un ramo del árbol de canela en la mano derecha, puso la izquierda sobre los bastones cruzados para espresar su conformidad á la alianza, que el caudillo español juró por su parte cumplir y respetar.

Este acto, deseado hacia mas de treinta años, es recibido con unánimes aplausos, y el gobierno español queda asegurado en aquella parte del Nuevo Mundo. El elogio de los araucanos está hecho con decir que los españoles, en todo el lleno de su poder, tuvieron en obsequio de la paz, que contemporar con un pueblo tan arrogante y belicoso: sucesos sin ejemplar en todas las conquistas del Nuevo Mundo.

FRANCISCO FERNÁNDEZ VILLABRILLE.

JOSÉ JUAN, EL PESCADOR DE PERLAS.

ESCENA DE LA ZONA TÓRRIDA.

Hace algunos años que con motivo de hacer la travesía de San Blas de Méjico á la costa de California, donde reclamaban mi asistencia asuntos de interés, tomé pasaje á bordo del Guadalupe, barco de cincuenta y ocho toneladas, cargado de frutas y cebollas y mandado por un catalán de nacimiento llamado don Ramon Xijafre. Nuestro patron tenia á sus órdenes un marinero español desertado de un vapor; un mejicano que tenia la presuncion de pasar por segundo; un kanaque ó indio de las islas de Sandwich; un chino que con igual repugnancia servia en la cocina que en la maniobra, y dos jóvenes apachas de catorce ó quince años arrebatados en su infancia de su pais, los que ejercian las funciones de grumetes.

Cuando no se ocupaba el patron de reñir con su gente, lo que sucedia muy á menudo, se paseaba por el puente con su cigarro en la boca pasando revista á su cargamento. El español que trataba á su capitán y camaradas de blandos, se habia apropiado la direccion del timon, al lado del que permanecia descuidadamente sentado, consagrando las noches al sueño y los dias al *far niente*. El mejicano afectando considerarse como oficial, lo pasaba voluptuosamente tendido en un bote donde rascaba una guitarrilla ó bandurria que no abandonaba nunca, manifestando la mayor sorpresa cuando don Ramon le mandaba hacer alguna cosa, porque consideraba una tirania intolerable el menor ejercicio de una autoridad como la de nuestro capitán, á pesar de que, es preciso

hacerle esta justicia, no abusaba de ella demasiado. El chino con pretexto de estar en la cocina y en la maniobra, hallaba medio de no estar en ninguna parte; el kanaque se encargaba en su lugar de que cociera el arroz y las bananas, que con *cecina* esponjada á fuerza de agua, formaba nuestra cotidiana racion; pero cuando el capitán daba orden de rizar ó largar velas, no olvidaba nuestro chino de reclamar sus funciones culinarias usurpadas por el desventurado indio. En cuanto á los dos apachas pasaban las horas muertas en ejercitarse tirando el cuchillo como arma ofensiva. Desde la mañana á la noche se estaban uno frente de otro inclinados de modo que casi rozaban sus cabezas, y con un pie descalzo avanzado, se les veia mecer suavemente los cuchillos entre el índice y pulgar de la mano, y después á una señal convenida arrojarlo de modo que clavase el pie de su adversario, si no habia tenido destreza en retirarlo. Agradable pasatiempo que casi siempre dejaba huellas sangrientas en el puente.

A pesar de todo, la anarquía que imperaba á bordo del Guadalupe no era un caso escepcional; pudieran citarse cien ejemplos de esta increíble apatía que caracteriza á los capitanes de bageles mejicanos. La carencia de leyes, y el temor de verse abandonados de los pocos marineros que pueden reclutar en aquellos parages, es causa de que no les sea dado recurrir á medidas coercitivas que hiciesen respetar su autoridad. Ademas se acomodan sin violencia á la fuerza de las cosas; don Ramon en particular se resignaba con un abandono tal, que revelaba en ello mas aun que en sus facciones bronceadas la poderosa é invencible influencia del sol de los trópicos.

Hacia quince dias que habíamos levado anclas, y sin embargo nos creiamos aun lejos de Pichilinga. Se pudria el agua en los barriles por la influencia de los rayos verticales del sol, porque estábamos en dias próximos al solsticio de junio; aborrecia la *cecina* y el arroz se me hacia intolerable. Suspiraba fervorosamente por el término de nuestro viaje cuando una tarde, en el momento que el sol iba á esconderse entre las brumas del horizonte, me llamó el marinero español.

—Mire vd. allá abajo, dijo señalando con la mano una mancha apenas perceptible. Para los señores de las ciudades, como vd., no es aquello mas que una nubecilla que vaga por bajo de otra nube mas grande, pero para los que frecuentamos estos mares es la isla de Cerralbo que nos oculta la del Espíritu Santo.

—¿Y qué tenemos con eso? repliqué con sorpresa.

—¿Qué tenemos? que hemos pasado sesenta leguas mas allá de Pichilinga que está en la punta de California; esto no estorba para que el capitán crea que nos faltan sesenta leguas para llegar á ese punto, lo que equivale en su estima á ciento veinte leguas de error. Poca cosa para un viaje que será poco mas que el doble.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Tan seguro como furioso se pondria un capitán español que hubiera cometido tal torpeza; sin embargo, el nuestro tomará la cosa con perfecta tranquilidad. ¡Capitán, exclamó, tierra!

—¡Bah! dijo don Ramon inclinando el cuerpo para ver mas á gusto. ¡Calla! pues es verdad. Tanto mejor, con eso llegamos mas pronto que esperaba.

En seguida echando de ver su doble error se volvió hacia mí y sin manifestar gran admiracion se contentó con decir festivamente:

—¡Por mi vida! es una fortuna no haberme engañado en mas de cien leguas, porque hubiera tenido que costear mas raciones; pero no hay que alterarse por nada; iremos á descansar á Cerralbo y despues daremos rumbo á Pichilinga.

El marinero español me dirigió una mirada maliciosa; no se habia engañado.

Poniase el sol en el momento en que las islas se hacian visibles á otros ojos que á los de la gente de mar, y estaba á punto de desaparecer, cuando llegamos á la entrada del canal que separa la isla de Cerralbo de la del Espiritu Santo. Es imposible concebir nada mas triste que el aspecto de estas dos islas con sus grandes riberas negras y escarpadas contra las cuales de continuo se estrella agitada la mar. Solo los pescadores de perlas las habitan dos meses, desde fin de mayo á fin de julio, lo restante del año están desiertas. Ya hemos dicho que navegábamos durante el mes de junio.

Comenzábamos á distinguir las chozas provisionales construidas por aquellos aventureros y las embarcaciones amarradas en los huecos que dejan las rocas, cuando vimos sucesivamente partir de la isla de Cerralbo y tomar direccion hácia la del Espiritu Santo, dos botes montados cada uno por un solo hombre, de los que evidentemente uno daba caza á otro. Gritos y voces confusas que de la ribera llegaban hasta nosotros, anunciaban que el tal incidente producía en tierra gran sensacion. Luchando en velocidad ambos botes parecia que volaban por la superficie del mar, calma y serena ya á alguna distancia de la costa. Sin embargo, el perseguidor ganaba poco á poco sobre el otro alguna distancia. Este espectáculo escitó la curiosidad de nuestra tripulacion, el kanaque y el chino se encaramaban con auxilio de los obenques en tanto que los apachas agarrados con los pies y sus dedos pulgares de que se servian como los monos, erguian el cuerpo por fuera de la punta del mastelero. El capitán mismo tomó su anteojó y despues de mirar atentamente algunos minutos, dijo dirigiéndose á mi:

—¡Está perdido!

—¿Quién? pregunté.

—El que huye.

—¿Y por qué lo cree vd. así?

—¡Pardiez! porque quien sigue su pista es José Juan.

Y volvió á mirar por el anteojó.

Nada queria decir para mí el nombre de José Juan, pero por entonces me abstuve de distraer con preguntas al capitán, que parecia muy interesado en aquella justa; por lo tanto recobré mi posicion de observador atento y silencioso. Nuestro barco continuaba avanzando, y yo podia seguir mejor todas las fases de esta lucha á medida que disminuía la distancia que nos separaba de los dos adversarios. El individuo perseguido hacia evidentemente todos los esfuerzos imaginables por ganar un pequeño ancon que se divisaba en medio de las rocas de que está circundada la isla del Espiritu Santo, unico punto donde era posible abordar y el cual se hallaba en línea recta de la direccion que llevaban entonces. José Juan no parecia haber adivinado la intencion de su antagonista, por que empeñado en seguir su primera direccion acreció la distancia que le separaba de él. El otro que seguía sus movimientos con ansiedad redobló sus esfuerzos, pero es probable tuviese que luchar con alguna corriente demasiado fuerte, porque su bote arrastrado á la deriva se alejaba de la grilla. José Juan al contrario, despues de llegar al vértice del ángulo que describia tomó una direccion diagonal,

pugnando por llegar al ancon antes que el fugitivo. Hasta aquí era una lucha de tiempo, lucha en la que José Juan llevaba ahora la ventaja de la corriente ocasionada por la proximidad de dos islas.

—Ahora ya, dijo don Ramon, no hará mal ese pobre diablo en entregarse en vez de cansarse inútilmente.

Y fuera cansancio o decaimiento el hombre á que aludía el capitán remaba muy despacio y volvía de cuando en cuando la cabeza para considerar lo que avanzaba su adversario. Por fin reparando que estaba á punto de alcanzarle pareció como decidido á tomar una resolucion desesperada, y soltando los remos puso un pie en el borde del bote y miró con atencion al agua.

—Si tirándose al mar piensa escapar del mejor buzo de la costa, está loco, dijo el capitán; se conoce que el miedo le ha trastornado la cabeza.

Sin embargo, era la única eventualidad de salvacion que le quedaba; la noche estaba encima y nada se distinguía bajo la superficie del agua: algunos minutos mas, y tal vez lograria escapar de su perseguidor á favor de la oscuridad del mar y del cielo, en el supuesto de que el motivo de su fuga fuese bastante poderoso para arrostrar el riesgo de encontrarse con uno de los muchísimos tiburones que pueblan estos mares de la zona tórrida. Desgraciadamente no podía perder un momento, porque merced al vigor con que José Juan maneja su bote, estaba ya tan próximo, que le faltaban para llegar hasta el fugitivo muy pocos golpes de remo; este comprendió sin duda alguna la inminencia del peligro porque se tiró de cabeza al agua, cerrándose en seguida tras él las olas que le habian franqueado el paso. José Juan á su vez dejó los remos y se puso de pie en el borde de su lancha, teniendo en una mano una red de las que sirven á los buzos para depositar las conchas que arrancan de las rocas, y en la otra una cuerda bastante larga. Despues de vacilar un momento dejó la red, y conservando la cuerda se echó al agua desapareciendo bajo de ella, en tanto que las lanchas se entrecrocaban á impulsos de la corriente. Las rocas de la isla de Cerralbo estaban cuajadas de espectadores que consideraban con interés las peripecias de esta estraña escena. La tripulacion del Guadalupe estaba como encantada; el kanaque no podia ver con sangre fria una carrera de lanchas y una gimnástica marina, que le recordaban sus islas natales, y los apachas encaramados en su observatorio lanzaban gritos de alegría y entusiasmo.

Apenas trascurrió un minuto se mostró en la superficie del agua la cabeza del fugitivo que nadaba hácia el Espiritu Santo con toda la energia de la desesperacion, mas tambien de pronto desapareció hundiéndose rápidamente como si le sorbiera uno de esos remolinos que algunas veces suelen tragarse hasta las embarcaciones. Un poco de espuma blanca y algunos borbotones que surgian en el sitio en que se habia mostrado la última vez indicaban debia ocurrir una lucha sub-marina. ¿Seria la lucha entre José y su adversario, ó tal vez se defendia este desgraciado de alguno de esos monstruos feroces cuya sola aparicion estremece de espanto á los que le consideran en salvo desde el puente de un barco? La espuma no se teñía de sangre, y esta circunstancia tranquilizaba á los espectadores. Por fin se entreabrieron las olas y apareció una cabeza primero: la de José y despues otra, la del fugitivo; pero podía observarse muy bien que el último se sostenia en el agua con el auxilio solo de las piernas, por-

que la cuerda de José Juan había dado tres vueltas á sus brazos, sujetándose al pecho. Este ejercicio de fuerza y destreza ejecutado bajo de agua escitó á bordo de nuestra embarcación, como en la ribera, una esplosion de aplausos, en medio de los que se oían gritos de «¡Viva José Juan! ¡viva!»

—Bien decia á vd., dijo el capitán volviéndose hácia mí; un hombre perseguido por José Juan, es hombre perdido.

Las sombras de la noche condensándose por momentos nos privaron de la consecución de esta escena extraordinaria; solo al cabo de algunos minutos percibimos gritos agudos confundidos con irónicas carcajadas de risa y un ruido sordo como el que produciría la lucha de un hombre que se defendiese de muchos; despues todo quedó en silencio.

Cuando el Guadalupe echó el ancla á un tiro de fusil de la costa de Cerralbo, había sonado ya la hora del descanso para aquella poblacion de buzos, de industriales y de aventureros, cuyos días están siempre bajo la accion de los peligros y las fatigas. La luna ya sobre el horizonte alumbraba con sus pálidos rayos la mar, que aunque blandamente agitada, desvanecía sus olas con monótono ruido entre las arenas de la playa al parecer desierta y cubierta de conchas.

Las islas de Cerralbo y del Espíritu Santo han gozado siempre de gran nombradía en el golfo de California por sus bancos de ostras perleras y por las abundantes tortugas que suministran la concha. Un soldado español fué quien descubrió aquel semillero de ostras, el cual despues de una campaña feliz se encontró poseedor de una fortuna considerable. Desde entonces aquellos sitios son objeto de explotación durante los dos meses de junio y julio. La pesca de perlas es un gran ramo de comercio é industria para Méjico, y ya que la casualidad me había conducido á uno de los principales focos de él, resolví sacar todo el partido que me fuera posible. Dos cosas me interesaban sobre manera: primero, la pesca de perlas; despues obtener esplicacion de la extraña escena de que había sido espectador y cuyo héroe era un pescador de perlas, José Juan. Así, pues, me prometí no abandonar aquellos parages sin satisfacer mi curiosidad.

Cuando en Méjico se descubre una mina de oro ó plata se denuncia al gobierno, el cual la otorga al denunciador no siendo extranjero, soldado ni sacerdote, con la condicion de comenzar la explotación dentro del término de un año y un día, el que si trascurre sin verificarlo, pierde el derecho y entra en el número de las posesiones del Estado. Las mismas reglas con muy cortas diferencias se guardan con respecto á los bancos de ostras, despues de las cuales se procede á los preparativos de la pesca. Los propietarios reclutan de las tribus indias de California y de la costa opuesta de Sonora el número necesario de buzos, que son accionistas como los mineros, es decir que su salario consiste tan solo en una parte del producto, designada de antemano.

Desde el momento que comienza la pesca, son objeto de una vigilancia incesante, porque no es difícil sustraer alguna perla de gran valor. El capatáz ó gefe de la cuadrilla es el que tiene este encargo, y tal autoridad, casi siempre despótica, se confía generalmente á un hombre á quien su fuerza moral ó física suministra medios de hacerse respetar ó temer de sus camaradas. A los buzos acompañan sus familias, á quienes siguen tambien las adivinas de sus diferentes tribus. La mision de estas mugeres que viven á expensas de la credulidad indiana, es encantar los tiburones y adormecer su vigilancia y ferocidad. De todas las industrias á que da má-

gen una pesquería es esta la mas fácil y mas productiva. Numerosos mercaderes (*rescatadores*) acuden tambien para comprar á los buzos las perlas que les corresponde como parte de sus beneficios, y tambien se ven una multitud de especuladores de poco fuste que acuden á vender aguardiente y establecer juegos de triquete. Como la estacion de la pesca de perlas coincide con la de tortugas, llegan á Cerralbo y Espíritu Santo numerosas lanchas, de las que surge una poblacion flotante y nomada de dos ó trescientas almas que desaparece durante diez meses del año. A su arribo reparan los pescadores las chozas de la campaña anterior ó si es necesario construyen otras nuevas, despues de lo cual comienzan las operaciones.

Los botes destinados á la pesca conducen los remeros y los buzos. Estos últimos se sumergen alternativamente, es decir que uno se halla debajo mientras otro descansa. Una cuerda á cuyo extremo atan una piedra que colocan entre los pies, les ayuda á descender con mas rapidez; de esta misma cuerda cuya otra punta está atada al bote, se sirven para ascender cuando es escetivo su peso, á causa de las conchas que han arrancado de las rocas á 60 ó 70 pies bajo la superficie del agua. Estas conchas las ponen en una red que lleva el buzo á manera de delantal. Es muy comun que estos hombres permanezcan bajo del agua tres ó cuatro minutos, y que asciendan fatigadísimos, lo que tampoco es obstáculo para hacer treinta ó cuarenta inmersiones cada día. Los mejores buzos son comunmente los indios hiaquis que pueblan las márgenes de este nombre próximas á Guaymas. Se les prefiere á todos por su valor y destreza; pues aunque en estas



costas abundan los tiburones, verifican sus inmersiones con una temeridad que estremece, sobre todo si se considera la única arma que llevan consigo. Compónese de un palitroque que tiene agnizadas las puntas, y endurecidas al fuego, y que

le llevan en la cintura suspendido del calzon de cuero: le llaman estaca. El tiburón por efecto de la configuracion de su mandibula inferior, se ve precisado á volverse sobre el lomo para coger su presa, y es precisamente en este momento cuando deben plantar la estaca en su boca, la que despues no puede cerrarse. Una especie única de tiburones, la *tintorera*, triunfa del valor de los biaquis y les produce el mismo terror que el que á los demas hombres inspira la presencia de un tiburón cualquiera. Todas las tardes amontonan en la orilla las ostras que han recogido y las dejan allí depositadas para que se abran por efecto de la putrefaccion que determina el calor á poco de estar fuera del agua. Cuando la putrefaccion llega á su grado máximo las lavan como si fueran arenas auríferas, lavado que se practica en grandes artesas de madera, examinando muy escrupulosamente la horrible masa de materia animal en descomposicion, de la que se extrae las perlas sin cuidarse de los miasmas pestilenciales que desprenden. Las perlas que se cogen en las costas de California, y en la mision de la Paz y de Loreto no son notables por su agua y su pureza como las perlas de la India; generalmente tienen viso azulado, y aun las mas gruesas presentan ciertas tintas de violeta oscuro y afectan algun tanto formas de pera. Estas perlas son sin embargo apreciadas y se emplean como adorno de lutos. No hay en todo Méjico muger medianamente acomodada que no posea un collar de perlas de mérito y valor, y todas vienen de California. En vista de este dato puede deducirse la importancia de su pesca, y el crecido número de especuladores que tentarán acopiarlas. La pesca dura dos meses. Cuando se termina, retorna toda esta poblacion nómada á sus lanchas, en las cuales regresan á las villas y ciudades donde se empeñan en otros trabajos; las adivinas corren á referir á sus tribus los maravillosos efectos de sus encantamientos; los pescadores se apresuran á realizar las ganancias de sus operaciones; los tratantes de aguardiente y los industriales del trinquete trasladan tambien sus reales, y los pescadores de tortugas regresan para llevar á sus armadores los productos de la expedicion, quedando de este modo desiertas las islas hasta la estacion siguiente. Sin embargo, el misterioso procedimiento que forma la perla se cumple de nuevo. En otro tiempo se pagaba una prima á los barcos que con destino á Europa cargaban las conchas de ostras acumuladas en las orillas y que les servia de lastre, pero hoy dia se ha hecho ya objeto de especulacion porque se saca de ellas la nacar de perlas.

En la época que arribé á las islas de Cerralbo y Espiritu Santo estaba la pesqueria en plena actividad. Cuando á la mañana siguiente subí al puente del Guadalupe se ofreció á mis ojos un espectáculo animadísimo. La mar estaba cubierta de multitud de embarcaciones ostentando pabellones diferentes, de las que unas estaban en movimiento, y otras en reposo. Las primeras montadas por los pescadores de tortugas salian en busca de las que se hubiesen quedado dormidas en la superficie del agua, al paso que otros compañeros suyos se dirigian á los extremos mas apartados de las dos islas, á tender redes para recogerlas al tiempo de buscar alimento en las algas y yerbas marinas que tapizan el fondo del mar. En las embarcaciones inmóviles estaban los buzos, que de minuto en minuto desaparecian bajo del agua y aparecian de nuevo con los ojos y las facciones hinchadas por la fatiga. Alternativamente depositaban en el fondo del bote las ostras que habian recogido, se echaban un instante espe-

rando el regreso de sus compañeros y volvian de nuevo á la tarea. Algunos con agua salada trataban en el momento de descanso de restañar la sangre que brotaba de sus narices y oídos, á causa de una excesiva compresion de pulmones.

De cuando en cuando en los picos de los promontorios que dominaban la rada, se mostraban medio desnudas y con repugnante aspecto las adivinas ó hechiceras, que marchaban con sus descarnados brazos y sus talismanes ó varitas extendidas hácia la mar, murmurando ó cantando ciertos conjuros para adormecer los tiburones. Este animado conjunto que formaban las maniobras de los buzos, las señales y gritos de competencias y retos, los rumores de tierra confundidos á los del mar, el canto melancólico de las hechiceras, y de cuando en cuando las evoluciones de los tiburones conocidos por la aletilla que guarnece su espina dorsal, formaban un espectáculo estraordinariamente curioso para un europeo. Poseído del mayor interés estaba por todo lo que consideraba, cuando se me acercó el capitán y me dijo con su calma acostumbrada:

—Si mi gente no estuviera tan cansada, pondría á disposicion de vd. una de nuestras lanchas para ir á Cerralbo, porque siempre es agradable pasar un dia en tierra despues de una larga travesia. Sin embargo, cualquiera llevará á vd. si quiere en uno de esos botes por una bagatela.

No deseando yo otra cosa, seguí el consejo del capitán, y alcabo de cinco minutos desembarqué en Cerralbo. Bien considerado el aspecto de la isla, no era muy agradable. Veíase en primer término á corta distancia del mar un pueblo de chozas construidas con despojos de botes y embarcaciones que habian naufragado, con bambús y troncos de palmera; á un lado, en la orilla misma, enormes montones de conchas, testimonio de la abundancia de la pesca precedente; en otro, un poco mas distante, se veian las artesas en que lavaban las conchas abiertas por la putrefaccion, de las cuales estraian de cuando en cuando perlas de diferentes tamaños; el descubrimiento de alguna mas hermosa se acogia con gritos de alegria. Mas allá, en otros sitios de la isla, ponian á cocer las tortugas todavia vivas, para que el calor ablandase la concha y facilitase su separacion del cuerpo del animal. Diferentes cuadrillas de hombres, se ocupaban unos en componer los botes y las redes, otros en endurecer estacas y en afilar arpones; en fin, la misma actividad reinaba en tierra que en el mar. Las reflexiones morales acerca de los males inherentes á ciertos objetos de lujo, son ya lugares comunes muy manoseados, pero á pesar de todo, á la vista de las perlas y la nacar, producidas en las profundidades de los mares de la zona tórrida por una causa misteriosa, arrancadas de sus abismos á despecho de los tiburones, celosos guardianes de aquellos tesoros; estraídas despues de una masa de podredumbre que exhala miasmas frecuentemente mortales, no puede menos de pensarse con estremecimiento en los peligros que afronta el hombre y en los prodigios que puede operar á impulso de la codicia.

Entretanto se me hacia urgente pedir hospitalidad por este dia y la noche en una de las chozas de Cerralbo; mas tenian todas un aspecto tan miserable que era difícil decidirse por ninguna. Vacilaba sobre lo que debia hacer cuando se alzó de repente en la orilla un confuso y crecido rumor. Aun que aun no era la hora de cesar la pesca, permanecian todos los buzos inmóviles en sus botes, con el cuello estirado y los ojos fijos en un punto cercano al banco en que traba-

jaban; las viejas nigrománticas redoblaban con voz mas chillona, y en una gerga desconocida, sus cánticos y conjuros. De improviso al divisarse un enorme tiburón que desapareció pausadamente bajo del agua, toda aquella gente, buzos, pescadores y mugeres, poblaron los espacios de aullidos y clamores, con la esperanza de asustar al monstruo, pero desgraciadamente la masa de agua que había interpuesto ya, debió estorbar llegasen á herirle estos gritos á pesar del esquisito oído de que están dotados.

—¡Es una tintorera! dijo el mejicano á quien encontré entre los espectadores.

Ya se ha hecho mérito del terror que inspira esta especie de tiburón á aquellos hombres, de ordinario tan intrépidos.

—¡Es una tintorera! repitió el mejicano, y si estuviera en su lugar otro cualquiera que el nadador que va á salir, sería hombre perdido, pero este no tiene mas miedo de un tiburón que de una botella. (1)

—¡Qué! exclamé, ¿hay algun desgraciado en el agua, y tú le conoces?

—Ciertamente: es José Juan.

Era la segunda vez que oía pronunciar tan lacónicamente el nombre de este personaje, como si su simple enunciaci6n no necesitase comentario. Apenas el mejicano me habia dicho lo que antecede, cuando con la rapidez de una flecha vi al buzo salir del agua y precipitarse en el bote auxiliado por la cuerda que á él estaba atada. Casi en el mismo instante cortaron los dientes del monstruo la cuerda como si fuera un hilo de araña; un segundo mas, y el hombre hubiera sufrido la misma suerte. Gritos de alegría, vivas y aplausos frenéticos estallaron por todas partes á la aparici6n de aquel hombre, que los aceptaba como homenaje merecido, y sin embargo, lisongero, á juzgar por la dilataci6n de su nariz y el aire de altivo desden con que siguió con la vista la retirada de su enemigo.

Y á la verdad, que no fué el miedo quien hizo huir á José Juan. Una muger jóven y hermosa habia de pie en la orilla poseida de una vivisima emoci6n, y una mirada espresiva que la dirigió José Juan, esplicó suficientemente que habia hecho por ella un sacrificio. El mejicano suspiró y dijo con sentimiento:

—Si esto hubiera ocurrido hace un año, ya hubiéramos visto un soberbio combate entre él y el tiburón; hace un año por ahora que mató una tintorera por salvar á un amigo, pero entonces no estaba casado. El matrimonio le ha vuelto otro. ¿Quiéres vd. saber la historia? es muy curiosa.

—Gracias, repliqué; prefiero oírsela contar á él mismo, porque pienso pedirle hospitalidad para esta noche.

Mi indecisi6n habia cesado; la choza que abrigase á tal nombre, era á mis ojos la mejor de todas, y por lo mismo le pedi me recibiera por una noche bajo su techo. Su choza, situada aparte de todas las demás, casi á un estremo de la isla de Cerralbo, estaba protegida por una roca en cuyas grietas crecian algunos cactus y aloes cuyas copas servian de guarida á las aves maritimas durante los diez meses que estaban desiertas las islas. Hacia este sitio agreste me condujo mi patrón, empleando toda la urbanidad y cortesía de sus compatriotas, y sin que ninguna de sus maneras recordara el horrible peligro de que acababa de escapar.

(1) Pescado ponzoñoso que espuesto al aire se hincha y estalla.

José Juan era mulato, hijo de indio y de muger blanca: habia heredado el color cobrizo de su padre, y sus facciones poseidas del tipo indio, no ofrecian nada notable; su estatura era mediana y sus manos casi delicadas; pero sus anchas espaldas, sus caderas contraídas y lo desarrollado de su musculatura anunciaban una gran fuerza, en cuyo sentimiento se apoyaba tal vez su energía moral.

Cuando llegamos á la choza se ocupaba la jóven de que hablé antes en preparar nuestra comida, verdadera comida de pescador. Esta era una tortuga que cocia lentamente en su concha puesta sobre las cenizas. Debo reconocer, que gracias al jugo de limón, á la pimienta y al clavo, con que estaba sazónada, encontré deliciosa aquella comida, aunque me hubiera parecido tal vez lo mismo sin esta circunstancia, por la única y muy poderosa de hacer muchos días que era pensionista de don Ramon. Una botella de excelente *mescal de tequilla* de que iba provisto yo, y que gustó sobremedamente á José Juan, estableció entre nosotros esa cordialidad que añade un encanto mas á la buena comida.

A causa de las frecuentes libaciones de mi comensal iba ya la botella de capa caída al paso que se hacia noche, por lo que habian encendido una lamparilla alimentada con aceite de tortuga, la cual despedia una luz bastante incierta. Sentada como nosotros en el suelo y en una de esas posiciones en que naturalmente saben acomodarse las indias, escuchaba nuestra conversaci6n su jóven esposa. La puerta abierta de par en par dejaba ver las vacilantes olas que venian á espirar en las arenas de la playa; el cielo estaba sembrado de estrellas, y la hora y el sitio parecian prestarse maravillosamente á cuentos é historias de caza y pesca. Asi, pues, abordé sin reparo, aunque de un modo indirecto, el asunto que me interesaba.

—Confieso, amigo mio, que ningun hombre ha escitado nunca mi curiosidad tanto como vd.

José Juan me miró como admirado.

—Las dos estrañas ocasiones en que he tenido el gusto de verle por primera vez, y lo que he oído decir de vd. justifican esta curiosidad que confio no le parezca indiscreta ú ofensiva.

—Si, aludirá vd. á la tintorera que tan buenas ganas se le han pasado de dividirme en dos, respondió el mulato con aire desdeñoso. Es un accidente á que estamos espuestos de cuando en cuando. Eso es todo.

—Si, ya me hago cargo; ¿pero qué habia hecho el pobre diablo á quien daba vd. caza ayer y que trajo de retorno atado como una cogolla de tabaco?

—A mí personalmente nada, dijo José Juan sonriendo; solo que por mi calidad de capatáz estaba en la obligaci6n de hacerle restituir una perla de gran valor que se habia tragado y que se proponia digerir con sus amigos de Espiritu Santo.

—Pues no me parece fácil la restituci6n.

—¡Bah! replicó mi patrón; ya con los brazos atados se le administró que quieras, que no quieras, una buena dosis de aceite de tortuga, y ha vuelto la perla en un instante. Este incidente es muy comun entre nosotros y no tiene nada de particular.

—Sin embargo, es un rasgo de costumbres curioso para un estrangero como yo.

Antes de atreverme á aventurar nada acerca de lo que punzaba mi curiosidad, pasé aun una vez la botella de mes-

cal á José Juan. Involuntariamente presentia que la historia de que me habia hablado el mejicano de un amigo por quien mi comensal habia espuesto su vida luchando con un animal tan formidable como una *tintorera*, debia enlazarse á algunos recuerdos penosos. De este modo se explica mi vacilacion. Sin embargo, acudieron á mi imaginacion muchos ejemplos suficientemente á propósito á disipar mis escrúpulos respecto de la sensibilidad mejicana y proseguí:

—Ademas de que tendrá vd. que convenir conmigo en que no se consagra uno todos los dias como vd. lo ha hecho con uno de sus amigos, y en que su combate con la *tintorera* le hace grande honor.

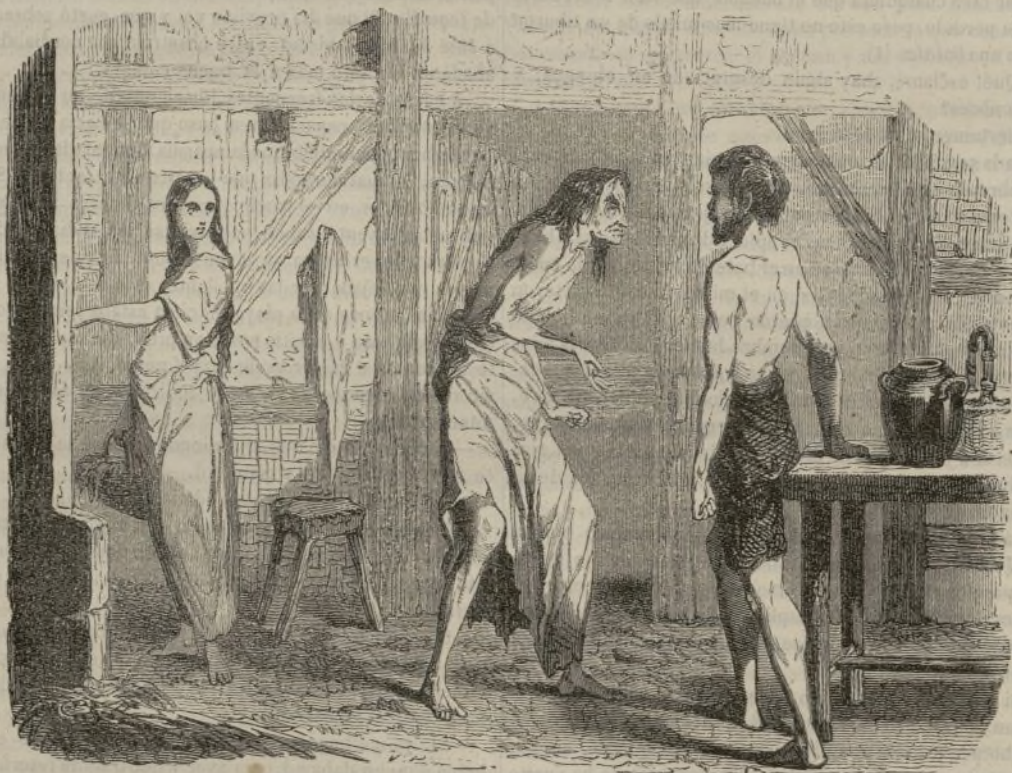
Al pronunciar estas palabras palideció el rostro de la jó-

ven india de tal modo, que era imposible no suponer que el incidente á que aludia fuese asunto de algun drama doméstico cuyo recuerdo habia despertado imprudentemente. José Juan permaneció impasible; solamente contestó con una mirada de implacable dureza á la suplicante mirada de su muger, despues de la cual la despidió con imperioso ademan. La pobre jóven obedeció con esa docilidad que caracteriza las mugeres de su raza, cerrando la puerta tras si.

Apenas desapareció, la fisonomía de José tan tranquila y reservada un momento antes, brilló con cierta espresion de salvage altivez.

—Yo no sé en que consiste, dijo; pero nunca me he encontrado con mas comunicativo humor.

Y al mismo tiempo se echó á los labios un vaso de *mes*



José Juan, Jesusita y su madre.—Interior de la cabaña.

cal, á cuya virtud atribuí aquella expansiva disposicion que mi patron no acertaba á esplicarse.

—¿No ha dicho vd. que marcha mañana? preguntó bruscamente.

—Mañana al amanecer.

—En ese caso, contaré á vd. la historia, dijo José Juan levantándose y haciéndome seña para que le siguiera. Cuando estuvimos fuera de la choza, miró al cielo y añadió: el *coromuel* sopla como de costumbre, y cuando mañana haya dejado de soplar, estará el Guadalupe bien lejos.

Hablando de esta suerte se sentó sobre un bote invertido y comenzó su relacion.

«Al principiar la pesca del año último habia un hombre

que encontraba en todas partes; era un buzo como yo. Como yo, afectaba tambien no tener apellido de familia, y se hacia llamar simplemente Rafael. En el lavado, debajo del agua, en todas partes nos hallábamos juntos, y las relaciones continuas que resultaban de esta homogeneidad de existencia nos habia hecho grandes amigos, ademas que la destreza singular que desplegaba como buzo me habia inspirado mucha estimacion. No temia nada á los tiburones, y aun aseguraba que tenia cierto modo de mirarlos que los hacia huir; en una palabra, Rafael era un buzo intrépido, buen trabajador y festivo camarada. Todo marchó muy bien hasta el momento en que una jóven vino á establecerse con su madre, en la isla del Espiritu Santo. Un asunto que tuve que ventilar

con unos compradores de perlas, me dió ocasion de verla, y desde entonces me apasioné perdidamente. Como á mi persona precedia cierta reputacion, pareció que acogia bien, y tambien su madre, mis pretensiones y obsequios. Todos los dias, desde que acababa el trabajo, y cuando todo el mundo me creia dormido en mi choza, ganaba á nado el Espiritu Santo y regresaba á la una de la mañana sin que nadie sospechara mi ausencia.

Habian trascurrido muchos dias desde mi primera visita nocturna al Espiritu Santo, cuando una mañana al dirigirme á la pesca antes de salir el sol, hallé una de esas mugeres

viejas que ha visto vd. presiden nuestros trabajos. Era una de esas pobres locas que creen, ó quieren hacer creer á los demás, que tienen el poder de encantar los tiburones. Estaba sentada próxima á mi choza y parecia aguardarme.

—¡Salud á mi hijo José Juan! dijo al punto que me divisó.

—Buenos dias, buena madre, respondi sin detenerme.

Pero la vieja vino hácia mi.

—Escucha, José Juan, me dijo; tengo algo que decirte que te interesa.

—¿Qué me interesa? pregunté con estrañeza.



Los pescadores de perlas en Cerralbo.

—Si; replicó la vieja. ¿Niegas que tu corazon está en Espiritu Santo? ¿No atraviesas el mar todas las noches por ver á la que amas?

—¿Quién te ha dicho eso?

—Yo lo sé: escucha, José Juan; esa travesia encierra peligros dobles para tí. Enemigos que nuestros encantos adormecen durante el dia, te acechan por la noche en el mar, y en tierra otros enemigos mas peligrosos tal vez y contra los cuales no tenemos poder, observan tambien todos tus movimientos. Contra estos peligros te ofrezco mi proteccion.

Una sonrisa burlona fué toda mi contestacion. Un rayo de cólera brilló en los ojos de la vieja que exclamó en seguida:

—¿Por que tú seas incrédulo te figuras que no puedo nada?

No importa; otros tienen mas confianza en este poder que tu desdeñas.

Diciendo de este modo, sacó de su pecho un bolsillito de tela, y mostrándome entre varias perlas pequeñas una de forma de pera, de mediano tamaño y de la mas hermosa agua,

—¿Conoces esto? preguntó.

Era una perla que habia dado á Jesusita, que así se llamaba la jóven de que tratamos.

—¿Quién te la ha dado? exclamé reconviniéndola.

La hechicera me dirigió una mirada de odio.

—¿Quién me la ha dado preguntas? una jóven; la criatura mas interesante que han visto jamás estas regiones; una jóven que colmará de orgullo y felicidad á un hombre; una

jóven que ha acudido á implorar mi proteccion, esta proteccion que tú desdías, por el que ama con pasion.

—¡Su nombre! pregunté victima de la mas horrible ansiedad.

—¿Qué te importa su nombre, exclamó la vieja con una carcajada sardónica, pues qué ese nombre no es el tuyo?

Yo no sé lo que me detuvo para no aplastar con mis pies aquella infernal bruja; pero despues de un segundo de reflexion, determiné no mostrar los tormentos que sufría dejando estallar mi furor.

Volvi la espalda diciendo friamente:

—¡Pobre vieja, estás loca! mientes.

Dime prisa á acudir á la tarea; por la noche, despues de un dia que me pareció extraordinariamente largo. fui como de costumbre á visitar á Jesusita, cuya vista y acogida afectuosa disiparon mis sospechas. No dudé mas tiempo que la hechicera por vengarse del desden con que habia recibido el ofrecimiento de sus servicios, me hubiera engañado á propósito del nombre de la persona por quien Jesusita habia solicitado una proteccion de que hacia yo tan poco caso.

En esta persuasion habia olvidado ya las pérdidas insinuaciones de la vieja, cuando una noche en que el cielo estaba encapotado, aun que no tanto que oscureciese la mar á punto de no distinguir nada, cruzando como de costumbre el estrecho, de regreso á mi choza, divisé en medio de las olas una masa negra, que segun su modo de nadar no podia ser sino un hombre. Esta masa avanzaba hácia mí. Vinieron á mi imaginacion entonces las palabras de la vieja, y se llenó de amargura mi corazon; no me asustaba el temor de encontrar un enemigo, pero la idea de tener un rival me abrumaba. Decidi al punto averiguar sin ser visto, quien era este hombre, para lo cual me dirigí hácia él nadando entre dos aguas. Cuando calculé que debíamos haber cruzado él por la superficie y yo por debajo, ascendí y saqué la cabeza; pero la sangre que se habia agolpado á ella con violencia me cegaba, y no pude distinguir en medio de la oscuridad mas que las fosforescentes luces que comenzaban á brillar en las crestas de las olas y que son precursoras de la tempestad. Continué caminando hácia Espiritu Santo, pero trascurrieron muchos minutos antes de divisar de nuevo la cabeza del nadador, porque nadaba con tal destreza que me costaba mucho trabajo seguirle. De todos los que yo conocia, no habia mas que uno solo que pudiese luchar conmigo en velocidad; redoblé mis esfuerzos y no tardé en disminuir la distancia que nos separaba, en términos que hube menester calmar mi marcha. No pasó mucho sin que viera que hacia pie sobre una roca que escalaba rápidamente, y la luz de un relámpago que iluminó toda la mar y la ribera, me hizo reconocer á Rafael. No podía ser otro, dije para mí; este hombre debia ser mi rival en amores como lo es en todo. Pronto, continuó José con voz sorda, senti henchirse de odio mi corazon, asaltándome el pensamiento de que debia encontrarle tan solo una vez. Sin embargo, añadió con extraña sonrisa, nos encontramos en una ocasion mas de lo que habia deseado.

Me ocurrió la idea de detenerle, llamándole y haciéndole saber quien era yo; pero hay en la vida circunstancias en que no se hace lo que se ocurre. Le dejé marchar á mi pesar, y desapareció de la roca en que estaba, y á la que yo me dirigí. Desde aquel sitio podia fácilmente espiar sus pasos, y desde allí con efecto le vi dirigirse del lado á donde yo acos-

tumbraba tambien á dirigirme y despues llamar á la puerta de la choza que me era tan conocida. Abrieron la puerta, que en seguida se cerró tras él, entonces me pareció oír la sarcástica risa de la vieja cuando me dijo: «¿Qué te importa su nombre si no es el tuyo?» Creí ver á través de la oscuridad su descarnado brazo señalando la choza de Jesusita, y empuñando el cuchillo me lancé por los mismos pasos de mi rival. En pocos saltos llegué á la puerta, escuché y solo percibi el rumor de una conversacion á media voz de la que no pude coger una palabra. En tanto cobré un poco de calma, y aunque decidido á desembarazarme de un rival odioso, me quedaba aun bastante presencia de espiritu para no hacer de modo que tuviera que habérmelas con la justicia.

La autoridad, á imitacion de lo mandado en la costa del otro Océano, habia espedido una orden prohibiendo á los buzos usar cuchillos de punta aguda é imponiendo pena de la vida al que hiriese ó matase á otro hundiéndole esta arma. Hacía poco tiempo que uno de nuestros camaradas terminó una reyerta con un amigo abriéndole trasversalmente el pecho con su cuchillo de punta cuadrada, y este hecho fué tan ruidoso, que aunque el agresor era tan pobre como el herido, pues entre ambos no hubieran tenido con que pagar un pliego de papel sellado, no pudo por menos de intervenir la justicia. El cuchillo era la única prueba que quedaba, pues el herido habia muerto y fué enterrado antes de la instruccion de la sumaria. Se leyó la orden al acusado, y el magistrado le anunció que en su virtud que no tenia ya mas que cumplir una sencilla formalidad, la de pronunciar su sentencia de muerte. El acusado entonces le hizo observar que la herida de cuyas resultas habia muerto su amigo, la infirió perfectamente horizontal y que por consecuencia no habia faltado á la ley. El juez sorprendido de la exactitud de la observacion se contentó con remitirle á sus trabajos ordinarios reprendiendo y censurando su arrebató, «atendido, dijo, á que no habia queja de parte agravada y á que el bando castigaba con la pena de muerte los golpes dados con cuchillos puntiagudos y no los daños inferidos con cuchillos romos.»

Recordé este suceso en el momento que pensé hacer uso del cuchillo que llevaba en el cinto en vez de *estaca*, pero era de los mas aguzados, y traté de colocarme dentro de los términos de la ley. Con este propósito hice un esfuerzo por romper la punta, pero efecto de mi precipitacionse rompió la hoja al haz del mango, que me quedó solo en la mano. Entonces, privado de la única arma que podia asegurar mi venganza, comprendi que no debia perder un momento. Me dirigí á la ribera, donde encontré amarrado un bote, y como la rabia doblaba mis fuerzas, crucé velozmente el estrecho, tomé de mi choza otro cuchillo, del que ya no me cuidé en romper la punta, y me dirigí de nuevo á la isla del Espiritu Santo.

El viento arreciaba; las olas en aquellas tinieblas, al quebrarse contra las rocas, parecían descomponerse en gavillas de fuego. La *gaviota*, chillaba lastimeramente en los picos de las peñas; aullaban los lobos de mar, y los focas confundían sus gemidos al silbido del viento. De improviso llegó á mi oído un sonido distinto de todos estos, y que me pareció espedido de las mismas profundidades del mar; guardé atencion, pero una ráfaga de aire arrebató un instante todos los confusos rumores del Océano; ya creía haberme engañado, cuando al cabo de algunos segundos oí claramente un segundo grito semejante al primero. Esta vez no era ya ilusion; era un grito pidiendo socorro; era una llamada suprema de

un hombre ante la muerte. Viniendo del lado del Espíritu Santo se deducía que quien invocaba socorro debía ser Rafael. Poseído de mil encontrados sentimientos me puse á mirar echado sobre el borde del bote, pero era tan profunda la oscuridad, que no distinguí nada. De nuevo percibi con mas claridad:

—¡Una barca! ¡una barca! ¡por amor de Dios!

¡Era la voz de Rafael!

Aquí hizo una pausa José Juan, y me preguntó con viveza é inquietud:

—¿Ha oído vd. un suspiro?

Ambos quedamos suspensos escuchando, pero nada mas turbaba el imponente silencio de la noche que el rumor monotonó de las olas, el canto del guarda de las ostras, y el batido de las alas de un pájaro que pasó sobre nuestras cabezas á posarse en una roca cercana.

—Había creído, añadió, oír un suspiro en la choza. ¡Ah! caballero; vd. habrá reparado la palidez de Jesusita cuando hizo alusion á la historia que le cuento, y habrá adivinado que ella era la jóven en cuestion. A pesar de sus protestas, desde el momento fatal en que descubrí que conocia á Rafael, no ha cesado de mortificar mi corazon una sospecha cruel.

José Juan exhaló un profundo suspiro y prosiguió:

—Es muy agradable haber jurado la muerte de un enemigo, tener justos motivos de odiarle mortalmente, y oír en una noche como aquella, su voz en medio de un mar poblado de monstruos, sobre todo, cuando esta voz turbada de emocion es la de un hombre intrépido. En este grito hay un poder misterioso que conmueve el alma. Un estremecimiento involuntario sintió todo mi ser.

Hablando así bajó los ojos el buzo del modo que un penitente al confesar una falta; pero no pasó mucho sin que recobrar su fisonomia una expresion de salvaje frialdad, la que conservó hasta el término de su relacion; el buzo prosiguió:

—Esta emocion no fué duradera. Sentí violentamente agitada el agua y remé de aquel lado. Un momento despues divisé á Rafael en medio de una porcion de espumas, y escité mi atencion la estraña circunstancia de que en vez de esforzarse por llegar hasta mí, permanecia estacionado. Bien pronto adiviné la causa; á poca distancia, á cinco ó seis pies bajo del agua, brillaba una luz fosfórica que avanzaba lentamente hácia Rafael; ¿adivina vd. ya de que provenia esta luz?

—No.

—Provenia de una tintorera, y de una tintorera de la mas enorme especie, replicó José Juan.

—¿Y entonces se arrojó vd. al agua para salvar á su rival?

—Aun no, respondió el buzo con sonrisa; era demasiado pronto. Una repentina virada me trasladó á su inmediacion, y Rafael, al verme, lanzó un grito, pero no tuvo aliento para hablar, ahogada su voz de terror y de fatiga. De un esfuerzo desesperado asíó con las dos manos el borde de mi bote, pero sus brazos no podian de cansancio sostener el peso de su cuerpo; empañados ya sus ojos se fijaron en los míos con expresion tan desgarradora, que cogí sus dos manos con las mías apretándolas fuertemente contra el borde de la lancha. La tintorera seguia avanzando. Durante un instante cesó Rafael de mover sus piernas, dió un grito terrible, sus ojos se cerraron, soltaron sus manos la barca, y quedó tendido en el agua la parte superior de su cuerpo: ¡el tiburón le habia dividido en dos pedazos!

—¿Sin poder salvarlo?

—¿Quizás no le auxilié todo lo que en tal momento podria esperar de otro que de mí? esto se concibe fácilmente.

—Responded con franqueza.

—Es posible que en mi turbacion sujetara demasiado sus manos.

—¿Sin mala intencion?

—Y bien, si he de decir la verdad en todo, añadió el mulato, y estas últimas palabras escaparon murmuradas sordamente de sus labios, creo que le estorbé entrar en mi barca.

—¿Y no se ha arrepentido vd. nunca?

El buzo, que hacia algunos momentos daba vueltas á su cigarro entre sus dedos, empezó á echar lumbré con eslabon y piedra, de la que saltaban chispas que iluminaban su fisonomia; evidentemente mi pregunta le admiraba.

—¡Por mi vida! exclamó, así nada tenia que ver con la justicia; el bando no hablaba de tintoreras; pero no he acabado mi historia. En el momento que desapareció Rafael, me eché yo tambien al agua.

A mi vez fui yo quien quedó sorprendido de aquel accidente inesperado. José Juan lo advirtió.

—Tenia mis razones para hacerlo así. Aunque la tintorera me habia libertado de un rival odioso, no podia tenerle buena voluntad á causa de la brutalidad con que habia tragado al pobre Rafael. Un acontecimiento de esta especie compromete el honor de todo el cuerpo de buzos, y yo no estaba en el caso de olvidar que soy uno de sus capataces. Ademas, habiendo tomado el gusto á la carne humana, no faltaria en venir mas tarde á acometernos, y luego, que cómo la justicia habia de pedirme cuenta de mi amigo, si mataba el tiburón que le habia hecho pedazos? ¿por qué vd. no conoce las costumbres de los tiburones?

Confesé humildemente mi ignorancia.

—¡Pues bien! nada les escita tanto ni les pone en mayor estado de irritacion (hablo de las tintoreras y no del tiburón comun, de los que he dicho ya que importaban poco á Rafael) que las noches tempestuosas como en la que ocurrió esta escena. Una materia glutinosa y fosforescente escretada por aberturas situadas alrededor de su hocico se esparce por su piel y les da el aspecto de enormes gusanos de luz, sobre todo cuando truena. Esta luz les hace visibles durante la noche, que cuanto mas tenebrosa es, mas brillan. Afortunadamente ven muy poco, llevándoles en esto ventaja un nadador silencioso: y si se añade que no pueden apoderarse de sus presas sino echándose sobre el lomo comprenderá vd. que un hombre que sepa nadar, y que no tenga miedo, tiene probabilidades de habérselas con fortuna.

Yo no me sumergí demasiado, á fin de no perder aliento y de ver debajo, encima y alrededor de mí. Las olas rodaban sobre mi cabeza con un ruido semejante al del trueno, pero á mi derredor comparativamente estaba la mar en calma. Una masa negra me tropezó en el abismo: ¡eran los restos de Rafael que sin duda estaba destinado á encontrar siempre á mi paso!

Juzgué que el monstruo que buscaba no debia andar lejos, y en efecto, no tardé en percibir una linea luminosa que crecia de momento en momento. La tintorera y yo nos hallábamos á la misma profundidad, pero parecia querer subir. Comenzaba á faltarme la respiracion, y no queria dejarla la ventaja de sobreponérseme, porque así podria atraparame como á Rafael, sin verse obligada á acostarse so-

bre el lomo; maniobra durante la cual esperaba despacharla. El monstruo se dirigió á mi diagonalmente, y con tal rapidez, que hubo momento en que le tuve bastante cerca para distinguir á la luz que despedía todo su cuerpo, la membrana que cubría sus ojos, y para sentir el contacto de sus aletas. De su mandíbula inferior colgaban aun pedazos de carne, que á juzgar por el rechinar de sus dientes, saboreaba con satisfacción gastronómica. A este tiempo, y estando nuestras cabezas á un nivel, volvió hácia mi su ojo mate y vidrioso. Aspiraba yo el aire con estrépito, y elevándose en una dirección paralela, cosa de dos pies sobre ella, me volví presuntamente, y por cierto que era ocasion; la luna alumbró un instante su argentado vientre, y al tiempo que abrió su enorme mandíbula armada de dientes agudos y apretados, hundí en su cuerpo, trazando un surco del largo de mi brazo, el puñal destinado á Rafael. La *tintorera*, herida mortalmente, dió un salto prodigioso, y botó dos veces batiendo el agua con la cola; felizmente no me tropezó en la caída. Cerca de un minuto permaneci sin saber donde me hallaba, cegado por la ensangrentada espuma que me azotaba la cara; en seguida, al contemplar á mi enemigo flotante sobre el agua como una masa inerte y livida lancé un grito de triunfo que dominó la tempestad, y resonó en las dos islas. Comenzaba á despuntar el día cuando llegué á la orilla rendido de fatiga y de las emociones de tan terrible noche. Los pescadores examinaron las redes, en las que casi al mismo tiempo que yo, arrojó la mar la *tintorera* y los restos de Rafael. Todos se persuadieron de que habia hecho esfuerzos sobrehumanos por salvar á mi amigo dejando á las viejas que exaltasen mi abnegacion. Unicamente una persona sospechó la verdad, y es la que ha palidecido á la sola mencion de esa noche. No puedo adivinar si esa emocion es efecto de sentimiento por Rafael, ó por el peligro á que me espuse, y esta incertidumbre es un tormento cruel para mí. Aquí, nadie ahora mas que vd., que partirá dentro de algunas horas, está enterado de los pormenores de esta aventura.

José Juan guardó silencio y permaneció como absorto en una distraccion profunda durante algunos minutos, al cabo de los que, se acordó tenia que cumplir los deberes de hospitalidad. Volvimos al chozo, y en la estancia mas apartada á que se habia retirado la joven esposa, ardian dos luces, á cuyo incierto resplandor se distinguia una imagen fabricada toscamente, y que representaba las almas del purgatorio, por las cuales se encendian todas las noches. Sentada sobre un banquillo dormitaba la joven india dando tregua á las fatigas del día; su abundante y destrenzada cabellera llegaba hasta sus pies: la hermosura de aquella muger explicaba fácilmente la pasion de José Juan; pero al considerar la tranquilidad de su sueño, no se explicaba del mismo modo la impetuosidad de los arrebatados celos de su marido. Este, despues de contemplarla algun tiempo, desenrolló una esterilla chinesca que tendió en el suelo á la entrada de la choza; era la cama mas lujosa que este medio salvaje podia ofrecer á sus huéspedes, pues todo el menaje consistia en dos esterillas parecidas y algunas sillas de junco. Esta hospitalidad no era gran cosa peor que la del capitán don Ramon; mas sin embargo, debo confesar que despues de la historia sangrienta que me contó, me hubiera hallado mas á gusto sobre el puente de nuestra embarcacion que bajo el techo de este hombre. No pude cerrar los ojos en toda la noche; cuando comenzó á aparecer el alba, oí la voz de José Juan que me decia:

—El *coromuel* sopla aun, y el Guadalupe va á levar anclas. Me despedí de él y regresé á bordo.

—¿Y qué tal, me dijo don Ramon; ya no sorprenderá á vd. oír hablar de José Juan? ¿Qué piensa vd. de ese intrépido?

—¡Que es todo un verdadero hombre, y todo un amigo! repliqué con aire de convencimiento.

Al día siguiente anclamos en Pichilinga. Esta vez no se habia equivocado el capitán.

(Traducido del inglés.)

DE ESCLAVA A EMPERATRIZ.

Episodio histórico original.

(Continuacion.)

XI.

El czar se habia decidido á ser en este día dueño de Marta.

Comprendia la elevacion del alma de aquella joven huérfana, la consideró igual á él, y no quiso su cariño forzoso, sino voluntario, espontáneo y tan grande y tan ardiente como él lo necesitaba.

Deseaba pasar todo un día al lado de Marta, y por no abandonar los negocios del Estado, se llevó consigo á su ministro y á Menzikoff, con quienes quiso comer y con Marta.

Pedro el Grande habia contraído la costumbre de embriagarse en la comida (4): en vano trató muchas veces de corregir este vicio, y se le oía mas de una vez esclamar que: *el que sabia civilizar á una nacion no podia civilizarse á si mismo*. Estas embriagueces le hacian descender no solo de su dignidad soberana sino de la de hombre, y constituirse en una especie de monstruo que se entregaba á los mayores excesos. Nadie podia contenerle en estos momentos; y á fin de no ser víctimas de aquel estado de fiereza, huían todos de su lado y le abandonaban.

Sucedíole en esta comida lo que en casi todas, y aun en mayor grado; pues el placer de tener á su lado á Marta, le hizo escederse en la bebida. Comenzó su embriaguez, como de costumbre, rompiendo cuanto tenia cerca, hablando de una manera incoherente, y accionando como un frenético.

Menzikoff y el ministro le abandonaron al momento y aconsejaron á Marta les siguiera; lo cual rechazó. Quedóse junto al czar, y contemplándole, pensó en si misma.

—Véase una situacion, se decia, que nunca esperé. El hombre mas célebre y temible está á mi disposicion. ¿Si me consideraba feliz con poder matar al que me tenia por su esclava, cuanto no lo seria con vengar en la vida de este la muerte de mi esposo y conseguir mi libertad? Pero no..... no soy esclava, me ha dado la libertad y viene á verme; ¿qué mayor puede ser mi gloria? ¿quién no envidia en este momento en toda la Rusia, en todo el mundo, la ventura de esta pobre huérfana, humilde esclava ayer...? ¡Oh! si me envidiarán.... pero no me querrán, dirán que soy demasia-

(4) Histórico.

do despreciable para tanta honra.... que soy indigna de ella.... ¡Oh! no, no, eso no: indigna, jamás....

Pronunció estas palabras con tan enérgico lenguaje, con tan decidida resolución, que se levantó de su asiento, y acercándose al czar le dice con ternura:

—Señor, señor.

Y una estúpida carcajada es la única contestación que recibe.

—Señor, repite Marta con esforzado aliento: acordaos que sois el emperador de Rusia.

—Y que tú eres mi amante, contestó en un lenguaje ininteligible, y pretendiendo abrazarla.

—Si; pero no del emperador; porque no lo sois en este momento.

—¿Quién se opone á mi mando? repuso el czar tratando en vano de levantarse del asiento.

—Hasta vos mismo, de quien no sois dueño; ¿cómo mandareis á los demas? ¿cómo os defenderiais si ahora os quisieran asesinar? ¡Oh, señor! miraos, miraos aqui, y no os conocereis.... os avergonzareis de vuestro estado....



Si no hay recurso humano, lo habrá divino: amparadme, Señor.

Al mismo tiempo que decía estas palabras presentó un espejo al czar. Al verse, no le faltó un destello de razón, y quiso romper el espejo, pero evitó Marta el golpe y se arrojó al cuello del emperador suplicándole se sosegara. Tendió los brazos á la joven, y faltándole las fuerzas se quedó postrado.

Menzikoff y el ministro habian presenciado toda la escena. Al verlos entrar Marta, les suplicó se sentara cada uno á un lado, y así lo hicieron hasta que el czar terminó su largato.

Breves momentos duró. Despréndese Pedro del cuello de

TOMO VIII.

Marta y esclama despues de un momento de contemplación:

—¡Marta, Marta.... no me has abandonado! Tus encantos y tu bondadosa dulzura ablandaron mi fiera.... ¿Quién eres tú, muger, que ayer eras esclava y hoy dominas á tu señor? ¡Infeliz! ¿quién eres?.... Mas no, no temas: no te separes de mi lado porque me es necesaria tu compañía.... y tu presencia. Mi pecho, continuó levantándose de su asiento, y lleno de entusiasmo, abriga un corazón joven, que ignoraba los encantos que atesora una muger. Corriendo los dias de mi infancia rodeado de amigos inmo-

rales, pasando los primeros años de mi juventud en el ejercicio de las armas, manejando el hacha y el martillo (4) en los talleres de Saardam, y construyendo buques y taladrando canteras, quedé empedernido mi corazón, y solo pude comprender la grandeza de alma que atesoran esas humildes clases entre las cuales he estado confundido.—¡Marta! tu presencia ahora ha despertado en mi alma ese sentimiento que nos sublima. Yo descendí á las últimas clases de la sociedad para aprender de ellas, tú ascenderás á las mas elevadas para enseñarlas. Desde hoy, señores, dijo agarrando de la mano á la huérfana, y dirigiéndose á Menzikoff y al ministro, Marta Rebé es la esposa del czar Pedro el Grande, emperador de las Rusias.

Marta, cuyos ojos preñados ya por el abundante caudal de lágrimas que á ellos se agolpaban, permanecía absorta, cayó de rodillas á los pies de Pedro bañándole las manos con el llanto que vertía.

El czar conmovido también, y sin fuerzas apenas para levantarla, se arrojó en sus brazos, y mezclaron ambos sus lágrimas.

Menzikoff y el ministro participaban de las gratas emociones del soberano, y acataron su voluntad de elegir por esposa á Marta.

XII.

Sola en su cuarto se hallaba Marta y no acertaba á comprender la realidad de cuanto la habia pasado; se la figuraba todo un sueño, y cuando recordaba los hechos y veíase despierta, se creía delirante y costábala harto trabajo el convencimiento de tan palpable verdad.

Luchando con tan dulces reflexiones y halagüeños pensamientos se levantó del asiento en que estaba al lado de su cama, y se dirigió á una hermosa galeria de cristales, que comunicaba con su aposento: tenia algo sofocada la cabeza y pensó serenarse distrayendo su imaginación de los anteriores recuerdos. Al salir á la galeria sintió pasos de persona, que pretendia no hacer ruido; adelantase preguntando, y contestó un hombre recatando su rostro entre su sobretodo de pieles:

—Sosegaos, Marta..... nada temais.....

—¿Quién sois?

—¿No me conocéis? no lo extraño; la oscuridad de la noche, y.....

—¡Cielos! ¡esa voz!..... reposo azorada Marta.....

—Aunque algun tanto desfigurada por los padecimientos, replicó el incógnito, la debeis de recordar.

—¡Ah! ¡sí, sí! por mi desgracia..... pero ¿qué habeis hecho? ¿sabeis dónde estais?

—Sí, lo sé; nada temo...

—¡Nada teméis!..... á mis voces, infeliz, sereis perdido.... morireis.

—No me importa, porque en cambio os vereis deshonrada, porque me han ballado á tales horas en vuestro dormitorio, y se hará pública vuestra ignominia.

—¡Oh, Dios mio!

—¿Dad voces, que os detiene?

—Marchad, marchad por favor.....

—¿Quién tanto ha sufrido por vos, ¿habria de renunciar ahora á su felicidad, cuando tan próxima la vislumbra?

—¡Ah! matadme primero! ¡tened compasion de mí!

—¡La tuvisteis vos cuando luchasteis conmigo.... Cuando arrancaban vuestros dientes mis carnes.....! ¡Oh! aquello fué horrible, Marta, muy horrible.

—Defendia mi honor.

—Yo defendiendo mi passion.

—¿Pretendeis que renovemos aquella lucha? pues bien.... acometedme..... que ahora me siento con el valor necesario para venceros aunque haya de convertirme en fiera: venid, que solo vuestra vista me alienta.

Tan valerosa resolucion, atemorizó á Moens que era el interlocutor con Marta. Revistióse esta de un esfuerzo varonil, chispeaban los ojos, y su aspecto en aquel instante se asemejaba al de una de aquellas amazonas que la historia nos cuenta de la antigüedad.

—¿Tanto me aborreceis, Marta? la dijo con aparente calma.

—Si..... Porque no sois bueno.

—¡Bien fatal es mi destino! No creí al conoceros que habia de dominarme la passion que siento por vos. Pero sabedlo, me domina y estoy resuelto á arrostrarlo todo, todo, lo que tendéis? Sé que sois amante del czar, que todo lo podeis.... pero no podreis libraros ahora de mí. Moriré luego, no me importa; mas sereis mia.

—¡Vuestra! jamás.....

—Os compadezco, añadió con sarcasmo. Nadie puede ayudaros: estais sola.... vuestras esclavas me pertenecen, se me han vendido, y aunque griteis, nadie acudirá á vuestras voces. Comprended vuestra situacion. ¿Nada contestais? En vano dirigis en derredor vuestras miradas, nada, nada encontrareis.....

—Moriré primero que ser vuestra.

—¡Morir!..... ¿y con qué os matareis sino teneis armas? Ademas yo lo impediria.—Dulcificando Moens su acento, prosiguió:—Marta, no hay recurso humano que os libre..... apiadaos de mí, compadeceidme, y solo Dios será testigo de nuestro afecto: nada sabrá el czar.

—¿Y si fuera su esposa? replicó Marta con prontitud.

—Podiais serlo; pero aunque lo fuerais no retrocederia.

—¡Oh! Alejaos de mi presencia, monstruo: soy la esposa del czar, y os puedo hacer morir.

—Pero no podeis libraros de mí en este momento. Se acabó toda consideracion..... es inútil vuestra resistencia..... he jurado ser vuestro dueño, y cumplo mi juramento..... Marta.

—¡Oh! no os adelanteis.

—Ya sois mia, Marta.....

Y precipitándose hácia ella, retrocede la jóven, y la providencia la salva en aquel momento.

Habia en su reclinatorio un hermoso crucifijo de dos varas de alto, y se abraza á él exclamando:

—Si no hay recurso humano, le habrá divino: amparadme, señor.

Con tales fuerzas se sentia, tal confianza le inspiraba la divina imagen del Salvador, que se quedó á ella tan fuerte y estrechamente unida, que fueron inútiles los esfuerzos de Moens por separarla.

En su corage rompió la cruz, rodó la imagen por el suelo, pero siempre Marta abrazada á ella, así como el náufrago al leño salvador. Jesus era el áncora de su esperanza, y Jesus la salvó.

(4) Sabido es que Pedro el Grande estuvo aprendiendo las artes como simple jornalero, á quien llamaban sus compañeros EL MAESE PEDRO.

XIII.

La residencia de Marta se habia trasladado de Moscou á San Petersburgo, cuya poblacion acababa de fundar Pedro. Su habitacion continuaba siendo igualmente modesta.

El czar no dejaba de pasar un dia al lado de su esposa. Dos hijas tenian ya: Ana Petrowna, que nació en 1708, é Isabel en el siguiente año. La segunda fué madre del desgraciado Pedro III, é Isabel llegó á ser emperatriz de Rusia. Para todo el imperio continuaba secreto el matrimonio, por razones de estado.

Estaban un dia solos Pedro y Marta recordando placenteros su felicidad, cuando entra precipitadamente Menzikoff y entrega un pliego al czar. Lo abre, lo lee, y levantándose cólerico, esclama:

—Pronto, pronto, á la guerra..... Mañana saldré á la cabeza de mis soldados..... Dad al instante las órdenes.

Y marchóse corriendo el portador del pliego.

Marta permaneció sentada mirando á su esposo. Contempláronse un momento, y despues de un rato,

—¡Te vas á la guerra! dijo Marta estraordinariamente conmovida.

—Si; quieren los turcos usurparme el imperio, y voy á conquistarles el suyo.

—¿Y me abandonas?

—No; quedarás en mi palacio.

—¿Qué me importa tu palacio si tú no estás en él?

—No has de ir á la guerra.

—¿Por qué no? ¿Crees me falte valor?—Se levanta resueltamente, y retratándose en su semblante el varonil aliento que la animaba, añadió con enérgico lenguaje:—Si, iré á la guerra, y no me separaré de tu lado. Si no como tu esposa, iré como tu esclava; quiero participar de tus peligros y de tus glorias, y si eres herido, quiero recoger tu sangre y vendar tus heridas: este es mi deber..... Permite me ejercerle, te lo suplico de rodillas....

—Si, le ejercerás..... Hoy mismo se publicará nuestro matrimonio y me acompañarás mañana.

La voluntad del czar se cumplió. Aquella misma tarde se comunicó á todo el imperio el matrimonio del emperador Pedro el Grande con Catalina I, cuyo nombre substituyó al de Marta.

Al dia siguiente marchaban los dos esposos á la cabeza del ejército.

Traslademos lo que dice la historia de esta muger célebre: «En aquella ocasion la czarina daba ejemplo á los soldados mas aguerridos: iba rara vez en carruage, y casi siempre marchaba á caballo al frente del ejército, del cual era idolatrada al propio tiempo que causaba la mayor complacencia á su esposo.»

Entusiasta y obediente iba el ejército á combatir á los turcos. Toda la juventud de la nobleza se habia alistado; en clase de cadetes unos, de oficiales otros. El gobierno del imperio quedó encomendado á Menzikoff y á un senado de regencia.

Las tropas que presentó Pedro eran muy inferiores en número á las de su contrario. Los desgraciados sucesos de la guerra las redujeron á una situacion critica, y el 21 de julio de 1711, se hallaba el czar y su ejército encerrado en un pequeño campo á la orilla del Pruth.

Los sembrados habian sido arrancados por nubes de lan-

gostas, y un sol abrasador aniquilaba las fuerzas de aquellos hombres que resistian las mas crudas heladas. Para que fuera mas triste su estado, no podian beber de las aguas con que les brindaba el Pruth, rio vecino, pues las mil bocas de fuego que los turcos tenian establecidas en la opuesta margen, destrozaban con su metralla al que iba á apagar su sed en las ondas. Aquello era un verdadero suplicio.

Pedro no hallaba medio de salir de él; y veia inevitable su pérdida, la de su esposa, la de su ejército y la del imperio. Desesperado con esta idea, se retira solo á su tienda, prohibiendo bajo pena de la vida la entrada en ella, y se arroja en su lecho abrumado de dolor y agitado con las violentas convulsiones que solia padecer.

XIV.

Catalina se hallaba tambien sola en su tienda entregada á tristes meditaciones: oia las quejas de los soldados, conocia el inminente peligro en que todos estaban, y temia por ellos mas que por sí misma.

Un oficial entró á interrumpir sus reflexiones para decirle que un prisionero fugado tenia decidido empeño de hablarla; le mandó pasar, y al estar en la presencia de la czarina se postró de rodillas y la dice:

—Señora, soy un soldado ruso á quien han tenido prisionero los turcos, acabo de fugarme y he corrido á la tienda del czar á participarle que se prepara el enemigo á la batalla con grandes refuerzos. No me han dejado penetrar, señora, y vengo á vos para advertiros este peligro. No hay por donde emprender la retirada; porque un nuevo ejército está ya colocado á nuestra espalda; yo mismo le he visto ahora, señora, salvaos: cumplí mi deber.

—¡Salvame! No, moriré con vosotros.

—Puedo enseñaros un sitio por donde os podeis salvar y el emperador.

—¿Y todo el ejército?

—No, los dos solos.

—No digais el sitio, ó todos, ó ninguno.

—Señora....

—Retirate, te agradezco la intencion, y sabré recompensarla.

Meditaciones mas tristes asaltaron á la imaginacion de Catalina, pero los grandes genios hallan la salvacion en las mas apuradas situaciones. En medio de los tenebrosos pensamientos que la ofuscaban, acudió una idea feliz á iluminar su mente. Como herida de un rayo corre á la tienda de su esposo. Al llegar, la dice el centinela:

—Mandó el emperador, bajo pena de la vida, que á nadie deje pasar, señora.

—¿Ni á mí?

—Ni á V. A.

—Pues tengo que pasar, soldado, pende de ello nuestra salvacion. Al decir esto, se arrojó sobre el centinela con tal precipitacion que le embarazó todo movimiento y salvó la entrada.

El czar parecia un frenético revolviéndose en su lecho. Otra que no fuese Catalina, se hubiera asustado; pero ya estaba acostumbrada á verle en tal situacion; y se acercó á él hablándole cariñosamente.

—¿Quién ha osado entrar? preguntó el czar, levantándose furioso.

—Yo, contestó impávida Catalina.

—Huye infeliz, sálvate, que estamos perdidos.

—No, nos hemos salvado.

—¡Salvado!

—Sí, salvado.... La muerte en este sitio es segura, moriremos todos de hambre y de sed, no podemos pelear, porque están estenuadas las fuerzas del soldado y es muy superior el enemigo: ayer le vencimos aunque era diez veces mayor su número; pero hoy ni aun manejar el arma pueden nuestras tropas. En esta situación no queda otro recurso que negociar.

—Negociar, y ¿qué enviamos de presente? (1)

—Esto.... dice Catalina desprendiéndose de sus pedrerías y de sus mas ricos adornos. Y si esto no es bastante, esperamos.... tendremos mas.

Salte precipitadamente, dá orden en nombre del emperador á los centinelas para que convoquen á todos los gefes y oficiales, y á los pocos minutos estaba poblada la tienda.

—Nobles rusos, les dice Catalina señalando á sus alhajas tiradas sobre una piel de zorra negra tendida en el suelo, con esto vamos á comprar la vida y el honor: dice el czar que no es bastante ¿teneis algo que aumentar?

—Hasta nuestra libertad venderíamos, exclamaron todos, arrancándose y echando al mismo tiempo sobre la piel sus cruces, sus cordones, y cuanto llevaban de valor.

Lo reunido superó á las esperanzas de todos. Pedro el Grande tendió los brazos á su esposa, diciendo con entusiasmo:

—Nos ha salvado. ¡Viva la emperatriz!

—¡Viva! contestaron los oficiales elevando sus cascos y chacos en sus diestras.

Esta alegría se comunicó á todo el contristado campamento, que supo en breve la causa que la producía.

El pensamiento de Catalina salvó á 22,000 hombres.

XV.

No solo el amor habia identificado á Pedro con Catalina, sino que les hizo mutuamente necesarios su talento,

El inmenso servicio que prestara Catalina merecia una digna recompensa; y al efecto preparó el czar la solemne publicacion de su matrimonio, y su reconocimiento como czarina de todas las Rusias. La ceremonia no pudo ser con mas ostentacion; el mismo emperador la ordenó y trabajó en ella segun su costumbre.

Las aclamaciones con que fué recibido este matrimonio fueron grandes y sinceras. El pueblo se lisongeaba al ver á un individuo de su seno elevado á tanta altura, y los nobles acataban la voluntad del soberano, porque no tenían ellos otra. El contento era universal.

Tan lisongera situación no trastornaba á Catalina. En medio de aquella alegría se acordó del prisionero fugado que fué á su tienda á darla parte de las intenciones del turco, y pidió al emperador le hiciera oficial: eran momentos de gracias, y nada se negaba. Catalina no ejercia menos generosidad. Entre los que se presentaron á rendirla homenaje, estaba Moens. Desde la última escena en que le vimos, no habia

vuelto á presentarse ante la huérfana. Pero Moens no habia desistido de sus inicuos planes. Al acercarse ahora á Catalina, retrocede esta; y sin perder Moens su serenidad, la dice:

—Señora.... ya no sois Marta.... sois Catalina....

—Es verdad.... soy tu soberana....

—Y debe perdonar la emperatriz, los agravios hechos á....

—A la esclava.... los perdono....

Besa Moens la mano de Catalina.... y vuelve á confundirse entre la multitud que no pudo entender lo que hablaban. Solo notaron sumamente encendido el rostro de Moens; mas ninguno llegó ni aun á figurar fuera la causa el ardiente deseo de vengarse que revolvia en su mente el potentado.

Al terminarse la ceremonia se retiró Catalina á su cámara á cuya entrada esperaba el humilde soldado que acababa de ser elevado á oficial. Reconoció al momento Catalina y le mandó entrar. En aquel instante pasaban cerca los nobles que se retiraban de palacio, y no dejó de estrañarles aquella accion de Catalina con un simple soldado; pues no llevaba aun el traje de su nueva gerarquía. Moens, que iba entre los grandes, notó tambien, pero siguió á la cámara del emperador donde no permitiéndosele aun la entrada tuvo que esperar.

Catalina, en tanto, estaba sola con el soldado interrogándole sobre su suerte, y escitando la curiosidad de la emperatriz algunas contestaciones, no tardó en tener motivos de estraordinario interés para que se entablara el siguiente diálogo, durante el cual era fácil notar las visibles emociones que sentia Catalina.

—¿Dices que eres huérfano?

—Y estrañero, señora; pero no conozco mi pais: sé que nací en Livonia, y nada mas,

—¿A nadie conoces alli?

—A nadie.

—¿Conociste á tus padres?

—Solo á mi madre, y poco tiempo.

—¿Cómo se llamaba tu madre?

—María.

—¿María!

—Sí, María; y una hermana que yo tenia, Marta.

—¿Marta?

—Sí, Marta Rebé.

—¿Cómo te llamas, soldado? dice prontamente Catalina levantándose de su divan.

—Señora.... contesta balbuciente y aturdido el soldado.

—Pronto, pronto, di ¿cómo te llamas?

—Skavrousky Rebé.

—¡Mi hermano! exclama la emperatriz arrojándose con los brazos abiertos al cuello del soldado, que asombrado con cuanto le pasaba, permaneció atónito durante aquella momentánea escena, sin pronunciar otra palabra, que su hermano, su hermano....

—Sí, mi hermano, mi hermano, porque soy Marta Rebé tu hermana, y pronunciaba este nombre con ese celestial entusiasmo que posee la muger, y estrechaba al soldado con mas fuerza en sus brazos.

En aquel instante, pasaban por la habitacion donde esto sucedia, Moens y el emperador.

—Mirad, señor, le dice Moens;

—¡Oh furia!

—Deteneos, señor.

—¿Quién es ese villano?

(1) Es una costumbre inmemorial en todo el Oriente, que no puede pedirse audiencia á los soberanos ó á sus representantes sin hacerlo con ricos presentes.

—El que ha sido nombrado oficial por V. M. pidiéndolo la emperatriz.

—Lo comprendo todo.

—Los que se amaron de pequeños no podían olvidarse de grandes....

—¡Voy á matarlos!

—Deteneos, señor: se creería manchado el honor de V. M.

—Si, tienes razon.

—Vámonos de aqui, señor, y os daré mi parecer.

—Si, vamos; ya no quiero verla.

Y siguió hablando Moens al emperador.

(La conclusion en el número inmediato.)

A. PIRALA.

EL TREINTA DE ABRIL.

Náufrago libre de borrasca fiera,
 día treinta de abril, pisaba un hombre
 la plácida ribera
 de una isla verde, cuyo propio nombre
 isla del Nacimiento ser debiera.
 Observando solícito el parage,
 y no viendo la tierra cultivada,
 preguntó para sí con amargura:
 —¿Si no estará poblada?
 ¿Si aqui la poblacion será salvaje?—
 De este modo confuso discurría,
 cruzando una espesura;
 cuando ¡válgame Dios! ¡con qué alegría
 vió un trillado sendero, donde habia
 diversas en tamaño y en figura,
 huellas de cuatro pies con herradura!
 —Ya (exclamó) no hay cuidado:—
 estoy en un pais civilizado:
 solo en un pueblo culto se procura
 que gasten los cuadrúpedos calzado.—
 Siguiendo la vereda,
 en un camino entró llano y derecho.
 —No hay camino sin gente.—Dicho y hecho.
 Una gran polvareda
 se alza en la estremidad del horizonte:
 divisanse entre el polvo diferentes
 caballeros con armas relucientes,
 plumas, preseas y admirable pompa;
 repite el eco del vecino monte
 rudo son de timbales y de trompa,
 y óyese luego aclamacion festiva
 de ¡viva el nuevo rey! viva el rey! viva!
 Los ginetes se apean,
 obsequiosos al náufrago rodean,
 y antes que diga nada,
 ni acierte á disponer de su persona,
 pónenle un manto real y una corona,
 que á prevencion la comitiva trajo:
 súbenle á una carroza engalanada;
 y entre clamores mil, con gozo grande,
 magestad por arriba y por abajo,
 mucho tirar al aire los sombreros,
 y dale que le dar los timbaleros,
 mándase al nuevo principe que mande
 á su cochero que ande;
 y haciendo los caballos una curva,
 por donde vino tórñase la turba,
 gritando sin cesar: ¡Viva Facundo!
 milésimo octogésimo segundo!
 —Vamos (dijo el monarca improvisado),
 sin duda en esta tierra, que es ya mia,
 Facundo se le pone,
 llámese Andrés ó Juan, Luis ó Conrado,

á todo hombre de bien que se corone.
 Bien antigua será la monarquía
 donde, si llevan sin error la cuenta,
 los reyes pasan ya de mil y ochenta.—

Un page que le oía,

repuso:—No es extraño,

porque duran aqui tan solo un año.

Hoy, último de abril, la providencia
 cada año nos envía

un jóven para rey: desde tal día,

trescientos, reinará, sesenta y cinco

sobre vasallos, cuyo solo ahínco

darle gusto será con su obediencia.

Pero, (estén disgustados ó contentos,

ellos con él), corridos los trescientos

sesenta y cinco días, ordinario

número que tener el año debe,

no trayendo febrero veinte y nueve,

su magestad allá de mañana

recibe la visita

de catorce alguaciles y un notario,

que le dice cortés: pero algo recio:

Llegó San Indalecio;

treinta de abril es hoy, y el calendario

de este dominio reza

que mude la corona de cabeza.

Dejarla es necesario.

Ya vuestra magestad es rey cumplido:

vuestra merced se dé por despedido.

Con lo cual, y sin dimes ni diretes,

cogen á don Facundo los corchetes,

y en una estéril y desierta playa

le dejan que se quede ó que se vaya.

—Oyes, oyes, querido,

(replica el soberano principiante)

¿y de qué vive ese hombre en adelante?

—Vive de la carrera que ha emprendido

para poderse manejar mañana,

bien ó mal ó peor, conforme gana.

Sujetos hay de los que fueron reyes,

que dándose al estudio de las leyes

celebridad consiguen y dinero:

uno toma el fusil, otro el arado;

este vende licores ó pescado,

esotro es eclesiástico eminente,

aquel, diestro pintor: últimamente,

para adquirir el pan el forastero

le ha de sudar la frente

pues ni en la clase ilustre ni en la baja,

ninguno come aqui si no trabaja.—

Cesó el page de hablar, y el rey contesta:

—Eso no me disgusta:

vivir de mi trabajo no me asusta.

Sepa el amigo page

que por juego una vez tejí una cesta:

con un año cabal de aprendizaje,

cualquiera alcanzaria

destreza regular en cesteria.

Desde hoy constantemente

seis horas al oficio me consagro,

hasta que labre un cesto, que en su clase

por un esfuerzo pase

del arte cesteril, por un milagro.—

Su magestad salió tan excelente

compositor de mimbres gordo y fino,

que en el concurso de la industria vino

á conseguir el respectivo premio,

siendo solemnemente declarado

primoroso oficial, honor del gremio.

Al fin de su reinado,

quedándole por única prebenda

su rara habilidad, abrió su tienda,

que nunca se veia

de concurrentes útiles vacia.

Trabajador y gastador juicioso

riquezas allegó, se hizo famoso,

y sucesivamente fué nombrado

alcalde, diputado,
inspector del marítimo registro,
cuatro veces virey y al fin ministro:
todo por ser sugeto
que observaba su ley con fé y respeto,
ser íntegro y veraz, de buena pasta,
y único para armar una canasta:
de modo que á porfía
cada insular, al verle, prorumpia:
—No tenemos aquí, ni habrá en el mundo
mejor conciudadano ni cesterero,
que el sucesor insigne de Facundo
milésimo octogésimo primero.—

Lectores y lectoras.

Jóvenes, que en estudio provechoso
vais á ocupar las fugitivas horas,
mirad en ese náufrago dichoso,
cuya vida tracé con desaliño,
la historia general de todo niño.
Nace; padres, abuelos y parientes,
le reciben con júbilo y cariño;
le miman con frecuencia,
sobrado complacientes;
y en fuerza de los lloros exigentes
con que por todo á todos importuna,
reina con veleidosa omnipotencia
desde el movable trono de la cuna.
Pero el tiempo voraz, el que sin duelo
traga vidas y mármoles y bronce,
pronto deja al muchacho sin abuelo,
y sin padre tal vez y sin herencia,
y es forzoso por sí vivir entonces.
Á peligros tan ciertos y fatales,
otro remedio no hay que la enseñanza,
que aprovecha en la edad plácida y verde
las ventajosas prendas naturales
ilustra corazón y entendimiento,
y un tesoro nos dá que no se pierde.
Forma, queridos jóvenes, la vida
serie no interrumpida
de gusto y de tormento
de hórridas tempestades y bonanza;
pero, aunque en medio de vaivenes tales,
fiero tropel de males
amenace violento
doblegar vuestras débiles cervices,
con virtud y talento
no teneis que temer, seréis felices.

J. E. HARTZENBUSCH.

DEL LUJO DE LOS ESPAÑOLES

EN EL SIGLO XV, Y PRIMERA MITAD DEL XVI.

Si turbulentos fueron para los españoles los reinados de la primera mitad del siglo XV, no por esto abandonó la corte la elegancia, la magnificencia y el buen gusto de nuestros bisabuelos. Causa en verdad extrañeza, que entre el terror de las parcialidades, el estruendo de las armas y el ruido de las guerras; que entre las donaciones descomedidas de los príncipes, los quebrantos de Castilla y los enormes desembolsos de su erario, nos muestre la historia días de alegría y de regocijos públicos, de fiestas, justas y torneos, y nos presente el lujo inconsiderado de los que vivieron en aquella época. Pero sus monarcas aficionados á los espectáculos, á la caza y á la música, pródigos y dadvosos, fueron en parte imitados por la nobleza, á la cual procuraban remedar tam-

bien los hidalgos y pecheros. Y así en los intervalos de paz, por lo regular no muy largos, aparecía de vez en cuando rica y brillante la corte de Castilla, y engalanados los castellanos con lujosos y apuestos trages.

No es nuestro intento dar á conocer en este corto artículo los trages, usos y costumbres de aquella época. Solo queremos demostrar aquí brevemente, con los pasajes de varios escritos de aquellos tiempos, que fué grande el lujo de los españoles ya en el siglo XV; que á poca diferencia fueron los mismos trages y costumbres en las poblaciones cercanas á Francia que en las del mediodía de esta nación, y que por ende fuimos en el siglo XV y primera mitad del XVI, imitadores de los extranjeros, así como algunos años después nos tomaron á nosotros por modelo.

El bachiller Fernán Gómez de Ciudad Real, es uno de los primeros escritores del siglo XV que debemos tener presente. Bajo el título de *Centon epistolario* nos trasmitió la correspondencia que tuvo con los principales personajes de su tiempo. Hablando de las fiestas que por enero del año 1423, se hicieron en Valladolid para celebrar el nacimiento de un hijo del monarca de Castilla, don Juan II, dice que *Diego Gómez de Sandoval sobre todos salió de madre, é sacó muy apuestos los de su casa, los criados bajos de entrapada bermeja con carreras de medio belludo amarillo, é los de cerca de sí, de velarte morisco, é revesadas de colorado, é pespunteadas las orlas. El Almirante llevó mas gente suya, mas no tan á punto, también de pavoneado, é tiras blancas; é su hijo..... pasó á todos porque sacó unas calzas ni francesas ni castellanas, blancas con tomados de piezas de oro, y su gente llevó atos muy mas ricos y recamados de orfebrería. El Condestable..... sacó un collar que le dió el rey de Aragon, ques valioso en mil florines de oro. Las madrinan si que son para ver é oír; la muger del Almirante é la muger del Condestable, é la muger del Adelantado. La del Almirante..... sacó una saboyana ceñida, de medio raso pardo con vivos de armiños y tomados de verde. Doña Elvira de Portocarrero salió de blanco con cuchilladas sobre nacarado, abotonada de granates falsos. Doña Beatriz de Abellaneda llevó una ropa escotada, de punzado morado, y mangas largas de arriba á bajo con tiras de seda azul y armiñada, y las vueltas nacaradas. Esta, dijo el canónigo Leon, que le placia mas sola que estas dos juntas, etc.*

Varias fiestas se celebraron durante el reinado del mismo monarca y de su sucesor Enrique IV, y ya fuesen civiles ó religiosas, ya en celebridad de victorias, de bodas ó nacimientos de príncipes, siempre descollaron por su magnificencia en juegos, corridas de toros, saraos y torneos.

No sucedía otro tanto en el reino de Aragon, pues si bien los catalanes celebraron suntuosamente las entradas en Barcelona de sus príncipes y reyes, en las varias veces que lo hicieron durante la primera mitad del siglo XV, sin embargo, la modestia y sencillez de aquellas gentes, sucedía al orgullo y esplendor de un momento. De aquí es, que acostumbrados los aragoneses y navarros á la sencillez que por lo regular demostraban sus soberanos, no pudieron menos de extrañar el lujo, riqueza y estravagancia que ostentaban las damas castellanas, en las vistas que en 1457 tuvieron entre sí los reyes de Navarra y de Castilla. La reina doña Blanca, y la princesa Ana de Cleves, esposa del malhadado príncipe Carlos de Viana, se presentaban con mucha modestia, y

por lo mismo se admiraba el procurador patrimonial del príncipe, cuando escribía á este, de la extrañeza de los trages de Castilla, diciendo: *La una trae bonet, la otra carmagnola, la otra en cabellos, la otra con sombrero, la otra con troz de seda, la otra con un almayzar, la otra á la vizcaina, la otra con un pañuelo; é de ellas hay que traen dagas, de ellas cuchillos victorianos, de ellas cinto para armar ballestas, de ellas espadas y aun lanzas y dardos, y capas castellanas, cuanto, señor, yo nunca vi tantos trages de habillamientos.* (4)

Pero á tal extremo llegó el lujo de los españoles á fines del siglo XV, que escitó las quejas de los predicadores en los pulpitos y de muchos escritores religiosos. Sobresalió entre estos últimos Fr. Hernando de Talavera, confesor de la reina doña Isabel la Católica, quien en su opúsculo *Contra la demasia de vestir y calzar*, nos da las siguientes curiosísimas noticias, que pueden servir mucho para ayudar á fijar las costumbres, y el incierto y todavia confuso traje español de aquella época. *Aljubas traían en buen tiempo que cubrían todo el pecho, gorguera traían siempre, delgada ó basta, que cubria las espaldas y pechos enteramente hasta la garganta, y aun usaban sartales anchos, collares y almanacas, porque la honestad demanda que aun cubriesen las gargantas, y las casadas traían toca larga y con punto desde el dia en que casaban. Mas ya con gran disolucion, perdida toda vergüenza, hasta el estómago descubren las que son deshonestas..... Los clérigos y los letrados, los hombres ancianos y honrados, en toda parte traen, y siempre trajeron hábitos largos..... Claro es que el que ha de correr, ó luchar, ó trocar, ó cavar, ó tejer, ó carpentear, ó trepar ó hacer obras semejantes, otro hábito mas espedito ha menester, que el que está rezando, ó leyendo, ó escribiendo, ó broslando, ó haciendo cualquier obra de reposo y de asosiego..... Voluntario es en la vestidura que sea de lino ó de fustan ó de fusteda, de cuero ó de paño, de oro ó de seda. Tambien es voluntario que sea sin pliegues ó plegada de tal ó de tal manera; y de tal ó de tal aforro aforrada..... Y aun no es sin pecado traer chapines muy altos, que hacen crescer la costa y cantidad del paño; de mas de ser pecado de soberbia y de mentira, ca se finjen con ellos y se muestran luengas las que de suyo son pequeñas..... Mas ya no hay pobre labrador, ni oficial por maravilla, que no viste sino paño, y aun seda, que es mas... y si pueden aver (los aforros) de grises ó de martas, no se contentan que sean de paño. El sayo ó manto viejo solia servir para aforrar lo nuevo; mas agora tanto ó mas vale el aforro que la haz..... Antes piensan que guardar esta diferencia (de vestidos), pertenece á los aldeanos, á los oficiales y á los villanos, y por eso ellos, (los poderosos) por el contrario, visten lo mejor entre semana, y el domingo, á la Pascua no salen mejorados. Las dueñas comunmente se ordenan mejor en esto, que grandes y pequeñas salen vestidas y relucientes, pintadas y compuestas en las fiestas, porque esperan ser mas vistas.*

Apesar de las guerras intestinas y de los azotes de la peste que afligieron varias veces la Península en la primera mitad del siglo XVI, boato sin igual ostentaban los monarcas españoles. Ceremoniales costosos se observaban por insignificantes motivos; no viajaban de una ciudad á otra sin reso-

nar chirimias, clarines y atabales á la propartida. Los heraldos, las guardias españolas y flamencas precedían á un carruajeriquísimo, entoldado de alfombras y forrado de una hermosa tela verde, sobre la que iba colocada la caja del sello real, revestida de terciopelo carmesi. Cuatro pertigueros con sus mazas y algunas compañías de infantería y caballería escoltaban al rey, á quien seguía con no menor aparato toda su servidumbre. Se hacia gala en que toda prenda de vestir fuese extranjera; la capa bohemía, el sombrero inglés, la gorra de Lombardia ó de Milan, el jubon francés, las calzas valonas, y el calzado alemán. La lencería venia de la república de Holanda, los tejidos de Florencia y de Milan, y hasta las armas y todos los pertrechos de guerra se mandaban á buscar á lejanos países.

Si retrocedemos al siglo XV, no hay duda alguna por otra parte, en que el reino de Aragon imitó mas que lo restante de España, los trages y las costumbres de Francia. Si observamos con detenimiento las instituciones civiles, la pintura, arquitectura y estatuaría de aquel tiempo, ya sobre todo en el principado de Cataluña, ya en la parte meridional de aquella nacion, veremos la perfecta igualdad y semejanza en trages, usos, dignidades y oficios. Las imponentes gramallas visten los concellers de las ciudades de Perpiñan, Barcelona, Beziers etc., y á su imitacion los pueblos mas cortos y despreciables adornan con ellas á sus magistrados. El mismo concejo de la villa de Blanesen, Cataluña, grande y populosa durante la dominacion romana, pero de corta estension en el siglo XV, ordenó en 4 de enero de 1477, que los jurados hubiesen de usar gramallas, y segun un manuscrito coetáneo, (Arch. igl. C. fol. 108 p. 2.) tambien en 4 de enero de 1482 se dispuso que los tres síndicos de la poblacion hubiesen de usar mantos largos de paño negro, con franjas de grana. Iguales con corta diferencia fueron durante algun tiempo los trages de los magistrados principales ó regidores de Córdoba, Sevilla, Toledo y otras ciudades de España. De la misma manera se unieron en ambas naciones los oficios de los pueblos bajo la direccion de los mas ancianos é instruidos, y se formaron los gremios y compañías ó cofradías, que contribuyeron no poco al desarrollo de la industria, célebre en Segovia y Sevilla por sus sedas, paños veintecuatrenos y limistes, y en Barcelona, Tortosa y Lérida por sus hermosas telas y finisimos guantes. Y aun en aquellos tiempos en los mismos reinos ¿quién defendía las poblaciones y ciudades de los ataques de los enemigos sino sus vecinos y habitantes? Se surraba la venida de gentes armadas ó tropas invasoras, y formando los gremios sus compañías con la bandera de su patron al frente, coronaban las murallas para su defensa. Duró algun tiempo esta costumbre en España introducida mucho antes del siglo XV, pues la vemos todavia en Barcelona en 1640, y tambien en varias ciudades de Andalucía durante la guerra de sucesion.

Queda, pues, brevemente manifestado que en el siglo XV fué grande el lujo de los españoles, como se quejaba de él el confesor de la reina Católica, y que á corta diferencia fueron los mismos los trages y usos de las poblaciones cercanas á Francia, que los que tenia esta nacion. Pero en cambio, aun no habia trascurrido un siglo, cuando fueron los españoles los imitados por la Francia, cuyos habitantes remedaron con entusiasmo hasta los mas minuciosos detalles de los trages, usos y costumbres españolas.

FLORENCIO JAXER.

1) Quintana: Españoles célebres.

ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.



Silaro equinoceal.

Pertenece á la clase de crustáceos, especie muy singular de que se han ocupado poco los naturalistas, y se pesca en las Antillas. Es muy semejante al *silaro ancho*, que se coge en el Mediterráneo. Casi todos los crustáceos son muy buenos para alimento, y algunos hay tan sabrosos, que se presentan en las mesas como plato de gran regalo. El *silaro equinoceal* que representa el grabado, tiene colores muy brillantes, es comunmente de un pie de largo y está matizado de amarillo, rojo y anaranjado.

A mas de su forma estraña, tienen los crustáceos hábitos muy curiosos, todos son carnívoros, y se alimentan de pescados muertos, dando señales de una gran voracidad. Hay algunas especies, que teniendo la parte posterior del cuerpo muy blanda, suelen proporcionarse un vestido, ó mejor dicho una casa ambulante apoderándose de la concha de algun molusco despues de haber devorado al legitimo poseedor. Los que mejor lo entienden, son los cangrejos pequeños, pues se introducen en las conchas de las almejas al tiempo en que estas entreabren sus válvulas, y se alojan con toda comodidad en los pliegues de la membrana que envuelve á la almeja, viviendo ambos en paz, sin salir hasta que la necesidad les

obliga á buscar alimento. Otros hay que son parásitos por diverso estilo; adhiriéndose fuertemente á la piel de las ballenas y de los grandes cetáceos, la perforan, chupan la sangre y gordura y así se alimentan.

Como los crustáceos tienen el cuerpo envuelto en una costra petrosa no pueden crecer y desarrollarse de un modo lento é imperceptible como los demas animales, sino que adquieren en una hora cada año el desarrollo que en todo él debería efectuarse; á este fin abandonan sus tegumentos ya viejos, y les nacen otros nuevos que se consolidan en el espacio de dos ó tres dias, operacion que les causa muchos padecimientos, y á veces la muerte.

Las patas de los crustáceos presentan un fenómeno particular, no sin ejemplo entre otros animales, y consiste en que si se ve cogido por alguna de ellas, cosa muy factible viviendo como viven entre rocas y raices, hacen primero todos los esfuerzos imaginables para desprenderla, y si no pueden conseguirlo recurren á la amputacion del miembro, que se efectúa de una manera hasta ahora inesplicable, pero sin violencia ni esfuerzos de ningun género.